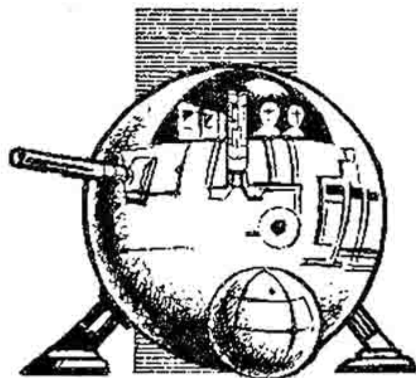

BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
EL AMO DEL MUNDO
LAW SPACE



héroes del ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

158 — Potencia telepática, *Law Space*
159 — X-77 ¿Vida? ¿Muerte?, *Adolf Quibus*
160 — En las proximidades de Sirio, *Bab Fleming*
161 — La espada de Katham, *Lem Ryan*
162 — El mensaje del pasado, *A. Thorkent*

LAW SPACE

El amo del mundo

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 163
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B. 13.916-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1983
2.ª edición en América: diciembre, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Se quitó Hermann las gafas y quedó pensativo. Pero era inútil. La idea volvía de nuevo, siempre a la misma hora, sin que fuese necesario consultar el reloj, como si todo su cuerpo y espíritu hubiese estado alerta, esperando cautelosamente aquel momento, para surgir del fondo de la conciencia: —¡Vamos, Hermann, es la hora! Sí, era la hora, la de siempre. El momento preciso de darse cuenta de que, además de aquello, era la fatiga la que apuntaba un tanto, demostrándole que los años no pasan en balde y que la horrenda vejez le hacía correr, escapando del laboratorio, para hacer lo de siempre. Volvió a ponerse las gafas, mirando hacia el fondo del amplio laboratorio donde, entre alambiques y matraces, estaba su ayudante, Karl Drember. Karl era joven, pero le faltaba todo aquel latir de inexperiencia que yacía en su conciencia, todo aquel ansia de volver a ser… .

¡Estúpida juventud que no sabe valorar lo que le es dado!

Aunque —y un rictus amargo dejó caer la comisura de sus fatigados labios—, él había hecho lo mismo, arrebatado por aquella necia prisa de los años jóvenes, mariposeando de un lado a otro, como si aquella privilegiada situación fuese a durar siempre.

«¡Es la hora, Hermann!»

Sí, y lo sabía; pero le gustaba gozar de aquellos últimos instantes, en los que solía reflexionar casi siempre de la misma forma. Y con la mirada en las espaldas de su ayudante, Hermann Haus, pensaba en que bien podía ser que lo que andaban buscando hirviese ya en los alambiques y formase parte de los multicolores líquidos que corrían por aquéllos.

Para Karl, todas aquellas investigaciones no eran, en el fondo, más que una manera de trabajar en endocrinología, la especialidad que le había apasionado durante toda su vida.

Pero para él…

Sonrió, irguiéndose despacio, mientras sus manos sacudían la ceniza de los cigarrillos que había estado fumando toda la mañana, al estudiar los resultados de los últimos ensayos.

—Voy a salir un momento, Karl…

El joven volvió, mirando distraídamente al otro.

—Bien, profesor.

A Hermann le pareció que debía decir algo más.

—¿Cómo va eso?

—Pronto tendremos los lotes 221 y 222, señor.

—¿Podremos ensayarlos más tarde?

—Sí. En cuanto termine de destilarlos, los pasaré a la centrifugadora y después a la nevera. Así tendremos los lotes dispuestos para esta tarde.

—¿No es necesario, pues, que me quede?

Hacía aquella pregunta por pura fórmula, ya que si el otro hubiese contestado afirmativamente, Hermann hubiera logrado, de cualquier modo, escapar de allí.

Aunque sabía que solo el ridículo le esperaba.

Y la angustia.

Karl movió dulcemente la cabeza en un signo negativo.

—No, profesor. Puede salir a tomar el aire. Debe hacer un día hermoso.

La luz no llegaba hasta allí más que a través de unos ventanales estrechos, en ojiva, de estilo gótico; una de las absurdas creaciones de los antepasados de Hermann.

«¿Dónde podremos trabajar más tranquilamente —había dicho el profesor—, sino en mi castillo? Está lejos de la ciudad y podremos estar al amparo de los curiosos.»

Por eso habían venido aquí, en plena montaña, rodeados de bosques y colinas verdes y con la sola presencia, lejana a veces, próxima las otras, de los pastores que cruzaban delante del castillo, yendo hacia los pastos.

—Hasta luego.

El joven no contestó, enfrascándose en sus tubos y controlando la marcha de los aparatos.

Hermann salió del laboratorio y subió por la escalera que conducía a la primera planta. El edificio, cuya mezcla de estilos hacia indefinible el primitivo, se conservaba bastante bien; pero de todos modos la vetustez de su aspecto y sus dimensiones grandiosas lo hacían, a pesar de los

muebles que la familia de Hermann había acumulado, parecer casi completamente vacío.

La planta situada por encima del laboratorio estaba exactamente a la altura del jardín y este era la parte más abandonada de la finca, ya que Hermann no había querido llamar a jardinero alguno y el mozo, Zacharias, tenía ya demasiadas ocupaciones, puesto que, además de arreglar las habitaciones de los dos hombres y hacer la comida, debía ocuparse de la limpieza de los recipientes del laboratorio y cuidar los animales, que ocupaban la totalidad de las antiguas caballerizas.

Hermann bajó lentamente la escalinata que conducía al jardín; después, como de costumbre, miró en derredor suyo, como si temiese que alguien pudiese verlo. Estaba, no obstante, completamente seguro de estar solo; pero, sin embargo, el temor se pintó en sus ojos, no abandonándolos hasta que se adentró por el sendero que conducía al arroyo, a diez minutos del castillo.

Notó, con su congoja, que aquel paseo le era cada vez más pesado, pareciéndole que se alargase cada día un poco más.

—Lote 221… lote 222… —dijo entre dientes. ¿No era ya posible que la fórmula tantas veces ensayada diese ahora, por fin, los resultados que esperaban?

Por fin llegó junto a la fuente, ya fuera de la propiedad, sin tener que atravesar, no obstante, ninguna clase de cerca, ya que la verja del castillo había desaparecido hacía muchísimo tiempo.

Ella estaba allí.

Sentada, como siempre, al lado de la fuente, sobre aquel pedrusco que el moho cubría casi por completo. Las ovejas estaban un poco más allá e iban de un lado para otro, perseguidas a veces por «Kumir», el perrillo canelo que irguió las orejas, corriendo hacia Hermann, a quien conocía perfectamente.

Hermann Haus sacó un terrón de azúcar, dejando que el perro saltase hábilmente hasta que lo cogió en el aire. Sabiendo que su misión había terminado y que, por otra parte, su trabajo le reclamaba, «Kumir» ladró alegremente, lanzándose en pos de una de las ovejas que se había alejado del resto del pequeño rebaño.

Hermann salvó la distancia que le separaba de la joven.

—¡Buenos días, profesor! —saludó ella, cerrando el libro que estaba leyendo.

—¡Hola, Hilma! —dijo él, sentándose en otra piedra, a un metro y medio de la joven.

—¡Qué día tan espléndido!

—Sí, es verdad.

Y miró hacia el cielo sin nubes, hacia el reflejo que en lo alto de las colinas hacía un sol cerca ya de su cénit.

—Sí —repitió con un hilo de voz—, es un día maravilloso.

Lentamente, mientras ella miraba también hacia la lejanía, el profesor encendió su pipa, al tiempo que se preguntaba, amargamente, cuántos días como aquel le quedaban.

Y no era que temiese a la muerte, en la cual había reflexionado demasiado y la había estudiado lo bastante para no conocerla ya, considerándola como un episodio obligado y fatal…

No, no era aquello.

La fuerza colosal de la protesta que vibraba en su alma tenía un origen distinto y tan inesperado que él, unos meses antes, se había sorprendido al descubrirlo.

Miró a Hilma.

En aquella intensa mirada no había nada que significase deseo o pasión; era la mirada de un biólogo, enamorado de los detalles que componía la juvenil armonía de la muchacha. Y aún más, las ideas que brotaban de su mente, salidas de su detallada y minuciosa observación, estaban ligadas a los experimentos que, allá arriba, su ayudante proseguía en aquellos momentos.

Le maravillaba la tersura de la piel, la frescura del cutis, el color agradable de las mejillas, el reborde rojizo y natural de los labios, el lustre de los cabellos rubios, la viveza de la mirada y hasta el ritmo de una respiración que debía ir acorde con los latidos de un corazón fuerte y vigoroso.

Atravesando mentalmente la piel, Hermann se introducía en los secretos de aquel

organismo, imaginando el ir y venir de una sangre propulsada en arterias elásticas, que respondían perfectamente a su misión, regando perfectamente todos los territorios tisulares. Ahondando más, seguía el curso de las hormonas, pareciendo adivinar su juego armonioso que hacía posible la belleza y perfección del cuerpo que tenía ante él.

Conociendo, como conocía, los misteriosos resortes de la vida, Haus era capaz de librarse a aquel detallado examen, relacionando causas y efectos, gozando en aquella visión de rayos X, que sus ojos expertos realizaban cada mañana.

Fríamente, como puede pensar un hombre de ciencia que había dejado muy atrás la cincuentena, Hermann Haus se había autoanalizado, buscando afanosamente en los recovecos de su vieja alma, que debía estar ya como su cuerpo, cansada y cubierta de arrugas, la luz de algo que justificase virilmente su admiración por la joven.

Pero no halló más que el interés científico, la pasión del profesor, telones que —¡y eso lo sabía él perfectamente! —ocultaban los verdaderos motivos de aquella ansia que le consumía como en las propias llamas del infierno.

Le hubiese sido igual contemplar a otra joven, o incluso a un hombre, aunque comprendía mejor la belleza femenina, sabiendo que esta está más pendiente de las pinceladas hormonales que la del varón.

¿Para qué engañarse?

Su deseo estaba allí, en su corazón, que latía de una manera descompasada y hasta peligrosa para un hombre de su edad.

La edad…

Contra esto protestaba virilmente él, contra la marcha irreversible del tiempo, que le había convertido en aquella ruina orgánica, despreciable desde todos los puntos de vista.

Se reía, amargamente, cuando en la ciudad sus colegas le elogiaban diciéndole muchas cosas agradables sobre su portentosa inteligencia, sobre los descubrimientos que había hecho en su larga vida.

¡Admiraban su cerebro, sin darse cuenta de que era precisamente a él al que odiaba, con todas sus fuerzas, Hermann Haus!

¿De qué le había servido poseer una mente portentosa?

¡Lo que él deseaba era volver a ser joven, sentir la potencia de su organismo, experimentar una sensación de energía nueva, ligada al latido de un corazón como el que, bajo aquella blusa blanca, debía vibrar en el pecho de Hilma!

A eso había dedicado sus últimos veinte años de trabajos y estudios. Naturalmente, nunca creyó que algo íntimo le impulsaba cuando buscaba una sustancia que renovase por completo las gastadas hormonas del cuerpo. Siempre creyó, hasta hacía poco, que trabajaba para la humanidad.

Pero cuando descubrió el verdadero motor que le había impulsado, cuando vio, cara a cara, en el espejo de la más evidente verdad, se sintió más desesperado que nunca, más lejos del triunfo que en ningún otro momento.

¡Porque ahora tenía prisa! ¡Mucha más prisa en resolver aquel problema!

Y la prisa estaba plenamente justificada porque nadie como él conocía las debilidades de su cuerpo, que se iba inclinando, cada vez con más fuerza, hacia la tierra que había de cobijarlo inexorablemente.

¡Ser joven!

Por eso venía aquí, cada mañana, a la misma hora, abandonando todo en el laboratorio, dispuesto a beber en el cuerpo de Hilma, en una contemplación biológica, lo que sería su propio cuerpo si los lotes que Drember manejaba en el castillo daban los resultados tan ansiosamente esperados.

Ella le miraba, sin que él se percatase de ello.

—¿Está usted enfermo, profesor?

Sobresaltado, levantó prestamente la cabeza y sonrió tristemente.

—No; un poco cansado nada más.

Pero no pudo evitar, a pesar de todo, que la amargura le llenase la boca de hiel, al comprobar, una vez más, que la muchacha le consideraba como algo que no podía jugar papel alguno a su lado.

«Si un hombre joven la mirase —pensó con rabia— como yo lo hago, a pesar de que mis miradas van al interior de su cuerpo, buscando solamente su armonía biológica, ella se daría cuenta de que es objeto de una admiración sin límites, aunque ignorase el verdadero contenido… ¡Pero ni siquiera se da cuenta de que la miro!»

En aquellos momentos, la mente del viejo profesor ardía consumiéndose en su propio fuego; pero, poco después, llevado por la propia inercia de su propia naturaleza, entornaba los ojos, como si estuviese dispuesto a aceptar la ley de la vida, de la que tan poco podía esperar ya.

—Nunca veo a su ayudante, profesor. Parece mentira que un hombre joven como él esté siempre encerrado en el castillo.

—Te gustaría que él estuviese ahora aquí en mi puesto, ¿verdad? —se preguntó en voz baja—. Él no es como yo: una ruina orgánica, un esqueleto apenas cubierto por un poco de piel arrugada y pálida… ¡Él es joven, fuerte, agradable…!

Y en voz alta:

—Sale muy poco. Y cuando lo hace, se va a la ciudad.

Vio un brillo de envidia en las azules pupilas de la muchacha. Y comprendió perfectamente el hilo de su pensamiento que, sin ninguna duda, debía imaginar a las elegantes mujeres de la ciudad, en cuya compañía podría pasar el tiempo su ayudante.

—Los jóvenes están ciegos —dijo.

Ella, que seguía profundamente absorta, preguntó de una manera puramente mecánica:

—¿Por qué, profesor?

—Porque son incapaces de ver la verdadera belleza, la que no necesita de afeites y composturas, la eterna belleza natural, la joven y salvaje belleza biológica…

—¡Qué cosas más raras dice usted! —rio ella.

«¡Ah, pequeña —pensó él—, si pudieses conocer mi pensamiento, si supieses cuánto te envidio y todo lo que estoy dispuesto a hacer para llegar a ser como tú! Si supieras que estuve, hace poco, muy cerca de seguir un camino terrible, oyendo los consejos de los viejos alquimistas, de los maestros de la magia negra… Si supieses que estaba dispuesto a beber sangre joven hasta la saciedad… ¡Qué locura! ¡Como si la sangre fuese capaz de detener el devenir fatal de las hormonas!»

—¿No tiene usted esposa, profesor?

Este sonrió.

—No —contestó en voz queda.

Nunca había pensado en ello cuando fue tiempo, cuando era joven y fuerte. La traidora ciencia había sido una esposa para él: una esposa exigente, despótica, cruel, sin conciencia, que le había robado todas las noches en un himeneo mental sin compasión alguna.

¡Por eso, precisamente por eso, jovencita, estaba él allí, soñando locamente con algo que perseguía incansablemente, sin desmayo alguno, dispuesto a «hacer trampas», a reírse de la «sabia naturaleza», a demostrar la crueldad que hay en que un hombre, cuyo cerebro no deja de pensar un solo instante, concibiéndolo todo, no pueda hacer realidad el más dorado de sus sueños.

El ruido de un vehículo que ascendía por la áspera pendiente que conducía al castillo le llamó la atención.

Se caló las gafas y vio perfectamente al ocupante del Mercedes descapotable, sorprendiéndose de que su viejo amigo Emil Krauzer viniese a verle.

—Debo irme, Hilma.

Ella, que había mirado también el coche, preguntó:

—¿Una visita agradable, profesor?

—Siempre es agradable recibir a los viejos amigos… Vendré mañana, si no la molesta.

Ella rio.

—¿Molestarme? ¡Todo lo contrario, profesor! Me gusta que venga, ya que de un hombre como usted se pueden aprender muchas cosas… Mi familia está orgullosa de que me visite, como dicen ellos, «el viejo profesor Haus».

—Yo también estoy bien en su compañía, Hilma. ¡Adiós!

—¡Adiós!

Se alejó cuesta arriba, caminando penosamente. En el interior de su cerebro, las palabras de la joven martilleaban con fuerza!

«…El viejo profesor, el viejo… el viejo… el viejo…»

CAPÍTULO II

Emil le vio llegar cuando descendía del vehículo. Separándose del coche, avanzó hacia Hans, con los brazos abiertos para recibirle en ellos.

—¡Querido Hermann!

—¡Amigo Emil!

Del brazo, sonriendo, se dirigieron hacia la entrada.

—Tengo que sacar unas cuantas cosas del coche, Hermann.

—Zacharias lo hará; no te preocupes.

—Bien.

Y cuando estaban ya en el salón de la entrada, exclamó:

—¿Sabes que me ha sorprendido tu llegada, viejo zorro?

Emil sonrió.

—Ya me lo imagino. Y también adivino que debes estar preguntándote el motivo de esta inesperada visita —apretó el brazo de su amigo, que no había soltado—. ¡Cada cosa a su tiempo, Hermann! Quiero, primero, que me enseñes tus instalaciones y me digas cómo van tus trabajos…

Se detuvo mirándole a la cara.

—Aunque creo que no te conozco… ¿No estabas tomando el sol, tú que acostumbrabas a no salir de tu laboratorio ni para comer?

Hermann bajó la cabeza.

—Tengo un ayudante, Emil.

—¿Quién es?

—No creo que le conozcas. Procede de la Universidad de Magenta y se llama Karl Drember.

Krauzer se quedó pensativo unos instantes.

Finalmente afirmó:

—No, seguro que no le conozco.

—Vamos, te lo presentaré.

Emil le retuvo, tirándole del brazo.

—Espera, Hermann… —vacilaba, como si le costase encontrar las palabras adecuadas que necesitaba en aquel momento—. Verás… yo he venido a comunicarte una cosa importante, muy importante; pero no deseo que nadie, además de ti, conozca el asunto que me ha traído.

—Eso es muy fácil. Karl no se mueve del laboratorio, le ha picado la misma mosca que me picó a mí, hace años… Sólo va a la ciudad una vez por semana… No temas, no nos molestará. Si tienes que hablarme, lo haremos en mi despacho, cerrando cuidadosamente. Además, Drember no pertenece al grupo de los curiosos.

—Me alegra, francamente, que sea así.

—¿Qué es lo que te trae por aquí, Emil? Debe de ser muy importante para que hayas hecho cerca de seiscientos kilómetros…

—… de una tirada —terminó el otro—. Sí, amigo mío, es muy importante, pero puede esperar. ¿Sigues ocupándote de la búsqueda del «panhormón»?

—Sí.

—¿Has logrado algo?

Hermann movió la cabeza de un lado a otro.

—Nada positivo aún… He logrado aumentar el riego sanguíneo y modificar claramente la arteriosclerosis en los animales de investigación; pero los efectos desaparecen pronto… como si la naturaleza desease vengarse de todos mis esfuerzos.

El otro le miraba con creciente curiosidad.

—Francamente, Hermann, te encuentro cambiado… ¿No estarás trabajando mucho? A nuestra edad…

Haus fue a decir algo, pero se contuvo a tiempo.

—Es posible que haya abusado un poco.

—Tenemos que cuidarnos, Hermann… ¿Vamos al laboratorio?

—Sí.

Le condujo, precediéndole, hasta llegar a la enorme sala que, en el subsuelo del castillo y ocupando totalmente la planta inferior, estaba iluminada artificialmente.

El ayudante seguía en su sitio.

Al oír el murmullo de la conversación de los hombres, volvióse, poniéndose en pie y esperando que ellos llegasen hasta allí.

—Te presento a mí ayudante, el joven profesor Drember.

Se estrecharon la mano.

—Este es mi amigo, el profesor Emil Krauzer.

Los ojos del joven se encendieron.

—¿El profesor. Krauzer? ¿El premio Nobel de Física de hace dos años?

Emil sonrió.

—Veo que tiene buena memoria, joven.

—Sí, señor. Seguí con muchísimo interés sus trabajos sobre la Cuarta Dimensión. Yo estaba, en principio, de acuerdo con usted, cuando dijo que, en contra de lo previsto con Einstein, la cuarta dimensión estaba completamente desligada del espacio, tal y como lo concebíamos nosotros.

—Eso es… Pero ¿por qué solamente estuvo de acuerdo conmigo «en principio»?

—Porque, desgraciadamente, mis conocimientos matemáticos no eran lo suficientemente fuertes para seguir los cálculos de usted.

La sonrisa se acentuó en los labios de Emil.

—Comprendo…

Fue entonces cuando la impaciencia de Hermann se abrió paso por encima de toda prudencia.

—¿Vamos a mí despacho?

—Sí… —y dirigiéndose al joven—. Me he alegrado mucho de conocerle, señor Drember.

—El honor ha sido mío, profesor.

—Es posible que volvamos a charlar de esos interesantes asuntos.

—Estoy a su disposición, señor.

—Vamos —insistió Hermann.

Salieron, y una vez fuera del laboratorio:

—¿Sabes, Haus, que has sabido buscarte un muchacho excelente? Es posible que le diga algo de lo que me ha traído hasta aquí.

Hermann frunció el entrecejo, pero no dijo nada.

Momentos después, la pesada puerta del despacho de Haus se cerraba tras ellos.

Hermann sirvió bebidas y sacó una caja de habanos. Una vez confortablemente instalados y con los cigarros encendidos, Hermann, cuya impaciencia le devoraba, miró significativamente a su amigo.

Este sonrió.

—Sí, ya me imagino que estás impaciente, amigo mío. Está bien, voy a empezar… ¿Recuerdas mi tesis de hace dos años?

—En esencia sí, pero con detalles… No olvides que yo no soy físico, sino biólogo.

—No importa. Conozco todos tus trabajos y he podido darme cuenta de que en matemáticas hay pocas cosas que ignores…

—Exageras.

—Bueno, es igual. Recordándote mi tesis, diré que, después de estudiar las teorías einsteinianas, me di cuenta de que el concepto de cuarta dimensión, aplicado al tiempo, no había sido correctamente expresado.

—¿Cómo lo entiendes tú?

—Ahora verás: Einstein consideraba el tiempo como la cuarta dimensión de un espacio que, hasta él, se había considerado como trimensional. El viejo Alberto encontró perfectamente «la cuarta pata que le faltaba al banco de la Física clásica», pero se olvidó, cegado por los magníficos resultados obtenidos, que su «tiempo» estaba encadenado al concepto actual del espacio, perdiendo contacto con su calidad «extradimensional» pura.

—Apenas te entiendo.

—Es muy sencillo. Si consideramos cualquier acontecimiento presente: por ejemplo, nuestra conversación de ahora. Einstein tendrá toda la razón al afirmar que para que esto sea posible, han de concurrir las cuatro dimensiones del espacio, en la que el tiempo juega, evidentemente, su misión concreta de «presente».

—Eso está clarísimo.

—Pero, en este mismo instante, encerrados como estamos en el marco de un espacio cuatridimensional, nosotros podemos evocar, por ejemplo, nuestros jóvenes años de universidad. ¿No es eso cierto?

—Sí.

—Perfectamente. Al hacerlo, sin escapar del espacio de Einstein, adulteramos su «cuarta dimensión» trasladándonos al pasado. Hemos descubierto, por lo tanto, que el «tiempo» no es solamente la cuarta dimensión del espacio presente, sino una dimensión «pluriespacial», ya que con él podemos avanzar o retroceder según nuestro capricho.

»Esta prolongación del "tiempo", hacia el pasado o el futuro, es como un camino que, hasta ahora, el hombre no ha seguido más que "mentalmente", imaginativamente… ¿Por qué no hacerlo físicamente?

—¡Eso es imposible!

—Imposible es una palabra demasiado «rígida». Digamos mejor, improbable o, sencillamente, difícil… Has de darte cuenta de que el «tiempo», el nuestro, el que forma, en este momento, parte integrante de nuestra situación espacial, está como rígido, apresado entre las otras tres dimensiones… El «otro», el que se prolonga hacia adelante y atrás, es clásico y, esto es lo fundamental, «unidimensional».

—¿Es cierto?

—Completamente, La Física del tiempo no presente, al que para diferenciarlo de este le llamo «tempus», es una física de una sola dimensión.

—¿Adónde quieres llegar?

—A decirte que es posible estudiar esta dimensión, ese espacio unidimensional del «tempus».

—¿Lo has hecho tú?

—Sí… en cierto modo.

—¿Has conseguido algo?

Hubo una pausa.

—Muy poco, pero lo suficiente para haber empezado a vislumbrar el camino.

—¿Qué quieres decir?

—Que he inventado un aparato con el que soy capaz de investigar el «tempus».

—¿Un aparato que te permite ir hacia el pasado o el futuro?

Emil sonrió tristemente.

—No, Hermann… Eso sería haber logrado la «máquina del tiempo», el viejo sueño de los alquimistas modernos. No, yo he logrado solamente el «radar-tempus».

—¿Qué es eso?

—Un aparato que permite saber «si alguien se mueve por ese espacio unidimensional…».

Los ojos de Haus brillaron como ascuas. Pero guardó un respetuoso silencio, sin dejar de mirar a su extraordinario amigo.

Este, con los ojos entornados, se había callado, como si fuese presa de una intranquilidad interna; pero, después de una larga pausa, prosiguió:

—Estoy seguro, Hermann, de que ya están viajando por el «tempus».

El corazón de Haus se puso a latir fuertemente.

—¿Es posible?

—Sí. Mi radar no puede engañarme… He «visto» la señal evidente de que hay alguien que

se mueve por el «tempus»…

—¿Quién puede ser?

Emil sonrió.

—¿Quién quieres que sea, viejo amigo? Hombres del futuro que han sabido lograr la máquina que les permite viajar por ese espacio unidimensional —sonrió—. Hombres que no han nacido aún.

Hubo una nueva y pesada pausa.

—¿Has entrado en comunicación con esos… hombres?

—No, pero no tardaré. Justamente, por eso he venido a verte.

—¿Has logrado algo más?

—Sí. Junto al aparato de radar, en el que he percibido señales inequívocas de presencias que se movían por el «tempus», he ideado un «presentizador».

—¿Qué es eso?

—Un «ultrainformador» que convierte, magnéticamente, los espacios monodimensionales en otros, de determinadas dimensiones.

—Es difícil seguirte.

—Verás; supongamos que manejamos el radar y una presencia se define en su pantalla. Aplicando un impulso magnético, lograríamos «detener» la marcha del viajero del «tempus»; pero eso, evidentemente, no tendría objeto de no lograr pasarlo a nuestra dimensión.

»Ahí entra, justamente, el "convertidor" que hace que el "viajero" salte, bruscamente, de lo monodimensional a lo tetradimensional; es decir, a nuestro propio espacio.

Hermann abrió desmesuradamente los ojos con un gesto de asombro.

—¿Es posible que intentes decirme que eres capaz de «capturar a un viajero del "tempus"»?

—Eso mismo.

—Pero…

—Escucha: el único problema que existe ahora, por falta de experiencia, es lo que puede ocurrir a esa criatura, al pasar del «tempus» al «tiempo». La actualización de un ser que, por ejemplo, no haya nacido aún en nuestra época puede plantear serias dificultades.

—¿De qué orden?

—¡Oh, puramente fisiológicas! —hizo una pausa—. Por eso quise venir a verte. No me atrevía a hacer una experiencia como esa sin tener a mí lado a un hombre capaz de resolver cualquier problema vital. ¿Te imaginas que el «viajero» muriese al llegar a nuestro mundo?

—Sí, me lo imagino; pero no veo por qué…

—¿Estás loco, Hermann? Es más que posible que «ellos» posean un control de estos viajes y hasta un cuerpo policial que cuida de que todo vaya perfectamente.

—¿Una «Policía del Tiempo»?

—Si tú quieres. Llámala como sea, pero no olvides su existencia. Ahora bien, si «ellos» se enteran de que detenemos a sus «viajeros»… ¿qué clase de represalias pueden tomar?

—Lo ignoro…

—Yo también, pero he meditado largamente el asunto. Los poderes del Hombre del Futuro son inimaginables. De ahí el miedo que tengo yo. Porque, indudablemente, el «viajero», si todo va bien, no olvidará haber sido cazado y…

Haus sonrió.

—Por eso no temas.

—¿Qué quieres decir?

—Que será facilísimo hacer que olvide.

—¿Cómo?

—Unas cuantas sesiones de electroshock y nuestro hombre será privado de los engramas recientemente adquiridos. ¿No te has dado cuenta de que los enfermos mentales, tratados por este medio, se convierten en grandes amnésicos?

—Sí, había oído algo.

—Pues eso te demuestra que no debes preocuparte por los recuerdos de tu «caza».

Emil frunció el entrecejo.

—De todos modos, estoy profundamente preocupado. Porque la importancia de la

experiencia que vamos a practicar es muy grande, Hermann.

—Lo sé.

—¿Crees con sinceridad que debemos hacerlo?

—¿Por qué no?

—No sé. Son, si quieres, ciertos temores que no acabo de precisar. Y, sobre todo, el miedo a las represalias.

—¡No las habrá! Ya he dicho que no recordará nada.

Guardaron silencio.

De los dos, Hermann era el que más claramente veía las posibilidades de aquel fantástico descubrimiento.

Porque, de la misma manera que su amigo temía que los hombres del futuro poseyesen la Máquina del Tempus, él estaba seguro de que también debían poseer cosas maravillosas, entre ellas la droga que él buscaba tan afanosamente.

¡Seguro, seguro, sin duda alguna, que «ellos» tenían el «panhormón», o quizá algo mucho más senil como el suyo en algo semejante al magnífico organismo de Hilma, la pastora.

Todo dependía de la «calidad» de la presa que capturasen.

Porque lo único que le faltaba al aparato de Emil era precisar la época de la que podía proceder la «presa». Cuanto más lejos, en el futuro, más conocimientos y procedimientos para mantener una eterna y exuberante juventud.

—¿En qué piensas, Hermann?

Haus se sobresaltó, pero dijo sonriendo:

—En tus formidables descubrimientos, Emil. Y en que vamos a hacer la experiencia esta misma noche.

—¿Tan pronto?

—Sí. Diré a Karl que vaya en busca de unos reactivos a la ciudad… Así estaremos solos.

—Yo había pensado…

—¿Qué?

—Dejar que ese joven que nos ayude. Parece tan serio.

—¿Has perdido la razón? ¡Nadie debe saber esto hasta que hayamos logrado algo positivo!

—Creo que tienes razón.

—Claro. ¿Dónde están tus aparatos?

—En el coche.

—No te muevas de aquí. Mandaré a Zacharias a por ellos y despediré a Drember… Vuelvo enseguida.

CAPÍTULO III

No fue nada fácil convencer a Karl para que abandonase el laboratorio. Los líquidos estaban pasando por una de las operaciones más importantes y Hermann tuvo que prometer seriamente que se ocuparía de todo ello para que el joven Drember, ya más tranquilo, accediese, no sin un íntimo gozo, a ausentarse por un par de jornadas del castillo.

En realidad, Karl ardía en deseos de ver a la muchacha que, en la ciudad, llenaba maravillosamente su tiempo; pero, excelente hombre de ciencia y comprendiendo perfectamente sus deberes, no le parecía honesto abandonar un trabajo a medio hacer.

—Tenga en cuenta, profesor —insistió antes de salir del laboratorio—, que los tubos de aquel autoclave no pueden estar más de dos horas y que llevan cerca de una hora y media.

—No te preocupes, Drember. Tendré cuidado de todo.

Solícito, Haus acompañó a su ayudante hasta el garaje y no respiró tranquilo hasta que el coche se perdió en el primer recodo.

Sonriendo se dirigió hacia el edificio, acertando a alcanzar a Zacharias, que iba cargado de dos pesadas y voluminosas maletas.

—Dame una —dijo.

Zacharias era un hombre doblemente desgraciado. Además de la enorme jiba que lo deformaba horriblemente, haciéndole parecer una monstruosa araña, puesto que casi había de arrastrarse por el suelo, tan inclinado estaba su deforme cuerpo, su rostro no era más que un cúmulo de cicatrices, recuerdo de la parte más amarga de su historia.

Hijo de una pobre aldeana de la comarca, Zacharias poseyó un padre brutal y gigantesco, del que había heredado su tremenda fortaleza física que hacía que sus brazos, tan largos que se apoyaba a veces en las manos para andar, como los antropoides, fuesen enormes y dotados de un juego de músculos de una potencia extraordinaria.

Aquel padre, turbulento y brutal, solía emborracharse cada día, volviendo a la mísera choza en un estado de excitación colérica que, naturalmente, solía pagar la desdichada mujer.

Cuando el niño nació, el padre estaba trabajando en unas minas cercanas y llevaba cerca de dos meses sin visitar a su mujer, que se arregló cómo pudo para tener al pequeño. Sólo ella, de haber podido contarlo, ya que murió poco después, hubiese sido capaz de relatar aquellos momentos espantosos, cuando pudo contemplar la monstruosidad que había traído al mundo.

Sin embargo, la pobre mujer, movida por los instintos de madre, finalmente satisfechos después de una larga y estéril espera, se aferró a su retoño, considerándose suficientemente pagada por la vida, ya que al menos acababa así la soledad en la que se hallaba desde que tuvo la fatal idea de casarse con aquel bruto.

Pero estaba visto que su desgracia no hacía más que empezar.

Una noche, cuando menos, lo esperaba, su marido regresó de la mina, de donde lo habían echado. El dinero que le pagaron al despedirlo lo había gastado alegremente en la taberna, y su estado, al llegar a casa, era en lo que cabía más deplorable de lo que la mujer estaba acostumbrada a ver.

Ella estaba al lado de la rústica cuna, que se había hecho con sus propias manos y que había colocado junto al fuego, ya que el invierno se anunciaba de una crudeza desacostumbrada.

El hombre entró, abriendo la puerta de una patada y se quedó mirando, con sus ojos turbios de los vapores del alcohol, aquella escena que no esperaba ver, ya que no se acordaba de que su mujer iba a tener un niño.

Quizá algo interno, alguna escondida parcela de humanidad que le quedaba en su corazón endurecido reaccionó en aquel momento, borrando de su rostro la expresión estúpida y

malvada, al mismo tiempo, que suelen tener los alcohólicos.

El hecho fue que se acercó a la mujer y, por vez primera, puso tiernamente la mano sobre el hombro de ella, quedándose embelesado mirando a la cuna y al niño, del que no era visible más que la cabeza.

Ella, temblando, no osaba decir nada.

Y así, cuando él manifestó el deseo de ver a su hijo y tenerlo en sus brazos, prometiendo a su esposa, entre hipos, que jamás volvería a beber, ella no se atrevió ni a despegar los labios.

El hombre avanzó hacia la cuna y torpemente destapó al niño. Fue entonces cuando se dio cuenta de la desastrosa deformidad física del pequeño, de su hijo.

Durante unos instantes aquella minúscula parcela de bondad que le quedaba luchó desesperadamente por convencerlo de que aquello no quitaba ni restaba nada a su hijo, cuya alma podía ser la más hermosa del mundo, sin que su monstruosa deformidad orgánica tuviese mayor importancia que una desgracia irreparable.

Pero el alcohol y el carácter no podían tolerar intromisiones de una bondad que, por otra parte, no se había empleado casi nunca y no estaba entrenada a librar batalla en la conciencia del hombre.

Una furia ciega se apoderó de él.

—¿Esto es lo que has sabido darme, maldita, mil veces maldita?

Para él, que desde niño estuvo enamorado de la corpulencia física que poseía, en ese narcisismo propio de las personas mentalmente limitadas, no era posible, desde ningún punto de vista, que «aquello» fuese su hijo. Y una sospecha, apenas esbozada, se convirtió rápidamente en absoluta certeza con solo pensarla.

Seguro de que su mujer le había engañado, burlándose cruelmente de él y obligándole a guardar aquel monstruo, imponiéndole su propia deshonra, el hombre no lo pensó dos veces y apoderándose del niño lo lanzó a las llamas, saliendo después de la casa y corriendo, como un loco, hacia el cercano bosque.

La madre tardó muy poco en apoderarse del bebé, no temiendo a las llamas del hogar; pero, aunque sufrió quemaduras tan graves que terminaron con ella dos semanas después, consiguió librar al niño del fuego, aunque ya le había desfigurado completamente su rostro.

Los vecinos, piadosos e impresionados, ayudaron a la mujer a bien morir, encargándose del pequeño, que creció un tanto salvaje, cuidado ahora por los unos y despreciado por el resto.

Hasta la madre de Hermann Haus lo recogió, encargándole de los caballos, y entró definitivamente a servir en el castillo.

Del padre no se volvió a saber más.

—¡Deja que lleve una maleta! —insistió el profesor.

Pero Zacharias, como de costumbre, no se molestó ni en contestar. Hubiese sido capaz de cargarse a Hermann sobre los hombros, sin notar su peso; por eso no dio importancia alguna a las palabras de su amo.

El criado hablaba muy poco, permaneciendo largos ratos en las antiguas caballerizas, sentado sobre la paja donde dormía, con la cabeza forzosamente inclinada sobre el pecho.

Otras veces subía a la antigua torre y miraba hacia el valle, con los ojos semicerrados, presa de ideas y pensamientos que ni él mismo se atrevía a formularse.

Una vez en el despacho del profesor dejó las maletas en el suelo, miró un solo instante al otro hombre y se alejó tan silenciosamente como había llegado.

—¿Es eso todo? —inquirió Haus.

—Sí —repuso Krauzer—. En esa maleta gris está mi «radar del tempus»; en la otra, la marrón, está el «convertidor».

—¿Podemos montar esos aparatos? —preguntó Hermann.

—Sí.

Lanzó una mirada al despacho.

—Creo que podríamos instalarlos aquí mismo; después de todo, el cronorradar no ocupará más que un pequeño espacio y puede colocarse sencillamente sobre tu mesa.

—¿Y el otro?

—¿El convertidor?

—Sí.

—Como verás, no se trata más que dos especies de focos conectados al radar. Cuando la imagen aparezca, no hay más que crear la tensión electromagnética suficiente para contemporizar al viajero del tiempo.

—¡Eso es formidable!

Emil no dijo nada.

Había empezado a sacar los aparatos de la mesa y, ayudado por su amigo, los instaló de la manera que había dicho.

—Colocaremos ese sillón entre los dos focos del convertidor.

Cuando todo estuvo instalado, Hermann contempló los aparatos diciéndose que todo aquello no era más que una locura de Krauzer, ya que le parecía completamente imposible que algo positivo pudiese salir de aquella sencilla y elemental instalación.

—¿Podemos empezar?

Krauzer sonrió.

—Naturalmente, pero antes quisiera saber qué es lo que, según tú, debemos buscar en el futuro. Hemos de poseer ideas concretas, ya que no sé cuánto tiempo podremos mantener al viajero del «tempus» en el «convertidor». Comprenderás que, además hemos de parecer honestos a esos hombres, que nos despreciarían si les pidiésemos algo indigno.

—¿Qué quieres decir?

—Que es posible que les agrade hacer un favor a los hombres del pasado, pero siempre que nuestras peticiones no sean desorbitadas ni tampoco despreciables.

—Comprendo —una sonrisa entreabrió los labios del profesor—. No temas, Emil: mis peticiones se concretarán a la posibilidad de adelantar mis trabajos con el «panhormón».

—Eso está bien.

Emil Krauzer no estaba en disposición de leer las ideas que en aquel momento bullían en la mente de su amigo; por eso se mostró complacido. Pero si hubiese sabido leer en la mirada brillante de Haus quizá hubiese negado seguir adelante.

Instantes después, los dos aparatos empezaban a funcionar.

* * *

Doscientos años más allá, en la región ignota del futuro, Alan Warton se frotaba enérgicamente las manos, bajando de cuatro en cuatro los escalones que, desde su laboratorio, situado en el piso 80 de los rascacielos más modestos de Londres, conducían al piso inmediatamente inferior, donde vivía con su esposa Clara.

El rostro de Warton expresaba una alegría indecible y todo su ser parecía irradiar aquel gozo que le consumía, como una llamarada, el alma.

—¡Clara! ¡Clara!

No había terminado de bajar las escaleras, las últimas que le quedaban; pero ya la impaciencia le hizo llamar a su esposa, que, como de costumbre, debía de estar leyendo en la biblioteca.

Naturalmente, Clara no le oyó.

La cámara insonorizada de la biblioteca no podía ser turbada por ningún ruido externo y Alan tuvo que abrir la puerta para que la mujer se percatase de su presencia.

Clara Warton era una persona joven, bien parecida, con el solo detalle de una frente demasiado amplia para una mujer. Pero no se podía olvidar que Clara era una de las autoridades más grandes en el mundo moderno en todo lo que se refería al Egipto faraónico.

Arqueóloga incansable, pasaba gran parte del año en aquel país estudiando lo poco que las excavadoras electrónicas conseguían extraer de las tierras cercanas al Nilo. Casi todo había salido antes, en los siglos precedentes, y los escasos restos que ahora se hallaban no poseían, ni mucho menos, la importancia de los que los hombres del pasado habían logrado encontrar.

De todos modos, el estudio de aquella pretérita civilización constituía el motivo vital de su existencia.

—¡Clara!

La mujer levantó la cabeza, mirando detrás de los cristales de sus gafas montadas al aire.

—¿Qué ocurre. Alan?

Él se acercó, visiblemente nervioso; después, con los labios temblorosos, musitó:
—Creo que lo he logrado, querida…
—¿Eh?
La alteración apareció en el rostro de ella.
—¿Es posible, Alan?
—Creo que sí, amor mío… Sólo falta probarlo.
—¿Y el regulador?
—Logrado.
—¿Sin error?
—Es imposible que lo haya. Naturalmente, el espaciador no da margen más que para treinta años.
—¡Es suficiente!
Él se había sentado al lado de su esposa y sacó un pañuelo, secándose el sudor.
—Es algo tan importante —dijo a media voz— que no me atrevo a creerlo. Ya sabes cuántos investigadores fracasaron en ello.
—No importa. —Y en las pupilas de ella se reflejaba un legítimo orgullo—. Tú estabas en el buen camino, Alan. Lo sabía desde que empezaste a trabajar.
—Gracias, querida.
Hubo una pausa.
Los dos temían las palabras que indiscutiblemente, fatalmente, iban a seguir. Ella temía pronunciarlas y él escucharlas.
Pero llegaron.
Y fue el propio Alan quien las pronunció, contra lo que podía esperarse.
—Ya sé lo importante que es mi descubrimiento para ti, Clara. Pero, francamente… tengo miedo, mucho miedo, Clara.
Ella sonrió.
—¿Miedo? No creo que debas tenerlo, Alan… ¿Es que no te das cuenta de todo lo que puedo conseguir con tu máquina del tiempo? ¡Toda la historia de Egipto en mis manos! Y no de una manera ficticia, sino real, vivida y contemplada…
»Desde hace seis años, Alan, cuando empezaste a trabajar en la máquina del tiempo, me puse a estudiar, ¡y de qué manera! la lengua de los antiguos egipcios. Sabes que he llegado a dominarla de una manera completa y que hoy, cuando tú has logrado el triunfo que yo esperaba siempre, con un maravilloso anhelo en el corazón, me encuentro perfectamente preparada para volver a esa estupenda época del pasado.
»¡Qué libros podré escribir, Alan! Además, sacaré fotografías y filmaré escenas de aquellos tiempos, haciendo indudablemente veraces las descripciones de mis libros.
El asintió con un suave movimiento de cabeza.
—Todo eso está muy bien, cariño; pero creo que olvidas lo más importante.
—¿Qué?
—¿No debemos declarar mi descubrimiento a las autoridades? Ya sabes lo que se ha legislado respecto a todas las experiencias destinadas a lograr una máquina del tiempo…
—Sí, no he olvidado nada de eso; pero tenemos tiempo de hacerlo. Si declarases ahora mismo tu invento, la Junta de Hombres de Ciencia se apoderaría de él, con lo que me impedirían hacer ese viaje que deseo tanto… ¡Me moriría de pena, amor mío!
Alan no dijo nada y ella prosiguió:
—En vez de todo eso, yo podré hacer unos viajes, no muchos, al pasado. Después, cuando posea suficiente documentación sobre estos apasionantes asuntos, podrás declarar la máquina… No, no temas, no se enfadarán porque la hayamos utilizado antes, a título de ensayo, como si lo hubiéramos hecho verdaderamente para eso, no estando seguros de su funcionamiento.
Alan sonrió.
—¡Cómo piensas en todo cuando se trata de salirte con la tuya!
Ella extendió el brazo, acariciando el rostro de su esposo.
—¡Es para mí tan importante, querido! Cuando leo todo lo que se ha escrito sobre Egipto, me doy cuenta de los errores de los historiadores, y es como si ya supiese todas las sorpresas

con las que voy a encontrarme cuando vaya a esa época.

—Hablas de ello, Clara, como si se tratara de un sencillo viaje a la Luna o de un fin de semana pasado en Marte. No tengo confianza alguna en aquella gente salvaje y primitiva, que podría hacerte daño. Porque no me irás a decir que vas a pasar desapercibida en Egipto vestida como una mujer del siglo XXI.

Ella hundió sus dedos en los cabellos de Alan, revolviéndolos juguetonamente.

—¡Qué poco sabes de tu mujer, cariño!

Se puso en pie.

—Sube al laboratorio, querido, y vete preparando tu máquina, precisando el «retroceso temporal» para la época de Ramsés II… ¡Tengo una extraordinaria sorpresa para ti!

Alan obedeció, no sin que su entrecejo se frunciese, ya que estaba, a pesar de todo, intensamente preocupado. Y no era solo el temor de que las autoridades científicas tomasen cartas en el asunto, sino que su miedo residía en los peligros que Clara pudiese encontrar en aquella época primitiva.

La desgracia era que él debía permanecer junto a la máquina, sin poder acompañarla como hubiese sido su deseo, ya que debía mantener la tensión electromagnética, sin la que Clara volvería inmediatamente al presente, al año presente, al 2103.

Preparó el aparato, colocando la aguja de «envío» en la fecha aproximada del reinado omnipotente del faraón egipcio. Pero lo hizo nerviosamente, sin poder escapar a la tensión nerviosa que le embargaba.

—¡Hola, querido!

Se volvió.

Sus ojos se dilataron, tomando un tamaño desacostumbrado y dando a su rostro una expresión de indecible sorpresa.

Clara le apareció vestida como una egipcia.

Se tocaba con una túnica azulada, de bordes dorados, dilatada en su parte alta y alrededor del cuello por una gola multicolor y rígida. Llevaba los brazos desnudos cuajados de pulseras extrañas. La túnica se ceñía estrechamente a su cuerpo y parecía hecha de bandas estrechas de un tejido fuerte y brillante.

Se había pintado los ojos, aumentándolos considerablemente de tamaño, con una sustancia de color morado, y los cabellos, lacios, se prolongaban con una falsa mata que le caía sobre la espalda.

Sus pies iban calzados con sencillas sandalias doradas.

Pero lo que más le sorprendió a Alan fue el color cobrizo de la piel de su esposa.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Con una pintura especial y largas sesiones bajo la lámpara de infrarrojos.

—¡Eres formidable!

Ella sonrió, yendo con marchas de princesa hacia el sillón colocado en el interior de la máquina, sentándose allí y colocando graciosamente los dos brazos flexionados y las manos abiertas hacia la derecha, con la conocida actitud de Cleopatra en los grabados que nos han llegado de aquella célebre mujer.

—¡Vamos, Alan!

Con la frente perlada de sudor, un sudor frío que le hacía estremecerse, Warton miró a su mujer, que le sonreía; después, entornando los ojos, oprimió el botón que ponía en marcha el mecanismo «transportemporizador».

Un zumbido que iba *in crescendo* resonó en sus oídos.

Presa de una indecible emoción, Warton abrió los ojos, justo a tiempo de ver que una neblina azulada iba envolviendo la silueta de Clara.

Finalmente, una especie de brusco chasquido, un chisporreo intenso en los conductores y…

—¡Clara!

Pero ella había desaparecido por completo.

CAPÍTULO IV

Los ojos de Hermann estaban clavados en la pantalla azulada del «radar-tempus».

Todavía no entendía nada de lo que estaba viendo.

—¿Hay algo? —inquirió.

Emil movió la cabeza.

—No, nada.

—¿Y esos brillos?

—Deben de ser interferencias electromagnéticas. El aparato tarda un poco en adentrarse en el espacio unidimensional. Cuando veas un brillo redondo y de intenso color azul es que…

—¡Míralo!

La exclamación había salido de la garganta de Hermann, cuyos ojos se agrandaron indescriptiblemente.

En efecto, sobre uno de los círculos de la pantalla una luminosidad azulada y casi redonda acababa de aparecer.

Krauzer no dijo nada, pero su respiración se aceleró.

—¿Es eso? —preguntó Haus, impaciente.

—Sí…

—¿Entonces…?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué esperamos? ¡Debemos manejar el convertidor! ¡Se nos va a escapar!

—No… Colócate aquí e irás dándome las cifras de las situaciones de la marcha. ¿Ves estos mandos de aquí?

—Sí.

—Puedes manejarlos fácilmente, con cuidado, procurando acercar la imagen azulada hacia el centro… ahí, en, ese círculo marcado a todo su alrededor con ceros. Ya ves que las demás líneas concéntricas van siempre multiplicadas por diez… 000, después 010, luego 0100, etcétera…

—Sí, ya lo veo.

—Tus cifras servirán para que yo dirija el convertidor hacia ese viajero.

—Bien.

Emil pasó al otro lado, tomando los mandos; después se volvió a su amigo.

—¿Situación actual?

—Cero cero mil…

—¡Acércala al centro!

—Voy.

Transcurrieron unos segundos en silencio; luego Emil dijo:

—¿Cómo va ahora?

—Cero cero cien.

—¡Fantástico! Continúa…

Con ojos brillantes, Hermann manejaba cuidadosamente los mandos, sin separar su mirada de aquella manchita azulada que tanto podía significar para él.

—¿Y ahora?

—¡Cero cero diez!

—¡Un poco más!

—Voy a intentarlo…

Las manos habían empezado a temblar, debido a la tensión nerviosa de Hermann; pero, poco después, una exclamación brotó de sus labios.

—¡Cero cero cero! ¡Ya lo tengo!
—¡Mantenla ahí!
—De acuerdo.
Emil pulsó los mandos, creando una corriente electromagnética formidable, que produjo un intensísimo zumbido.
La luz de las chispas que saltaban de un condensador a otro era, por el momento, intensamente amarillenta.
Krauzer no separaba su mirada de aquella chispa.
Poco a poco el color iba mudándose, yendo hacia el morado y tomando, finalmente, un tono azulado intenso.
—¡Ya lo hemos cazado!
En efecto, momentos después, un chispazo violento, el último, sacudió el espacio entre los dos conductores. Al mismo tiempo, una nebulosidad fue concentrándose sobre el sillón donde, muy pronto, apareció la silueta de una criatura fantásticamente ataviada.
—¿Eh? —exclamó Hermann.
También Emil estaba profundamente sorprendido.
Porque la criatura que estaba allí sentada, mirándoles con asombro, iba vestida como una egipcia.
Y aquello no era posible.
Porque, indudablemente, a pesar de la riqueza en adelantos de los pobladores de las márgenes del Nilo, comparados con otras civilizaciones de la misma época, era inadmisible que hubiesen llegado a crear la máquina del tiempo.
Además, de haberlo hecho, ninguno de ellos estaría allí para contarlo.
Hubo un largo silencio.
Pero la expresión de sorpresa no se pintaba solamente en los rostros de los sabios. La de la joven era tan intensa como la de ellos.
Un largo silencio siguió a la aparición de la egipcia.
Finalmente, ella intentó levantarse, no lográndolo y pintándose en su rostro el temor, por primera vez, sucediendo al asombro.
—¡No puedo moverme!
Emil le contestó:
—No se preocupe. Le es imposible moverse porque está fuertemente atrapada en una fortísima red electromagnética.
Krauzer le había hablado en un inglés correcto, lengua que ella había empleado.
Hermann no despegó los labios.
Estaba, al mismo tiempo, demasiado emocionado y sorprendido para encontrar palabra alguna.
—¿En qué año me encuentro? —preguntó la mujer, curiosa.
—En 1993…
—¡No es posible!
Por primera vez Emil sonrió.
—Es verdad; pero usted no puede proceder de los tiempos; egipcios.
Ella sonrió, a su vez.
—No, acabo de salir del 2108.
—¡Eh!
Haus había roto el silencio que guardara hasta entonces, maravillado por lo que acababa de oír.
Se acercó al sillón del convertidor.
—¿Ha dicho usted 2108?
—Eso mismo.
—¿Y… a qué se debe ese disfraz?
—Es muy sencillo. Iba hacia la época faraónica a realizar unas investigaciones. Y nada más normal que, para no llamar excesivamente la atención, me vistiese de esta forma…
—Comprendido… ¡Del 2108! ¡Es formidable!
—Lo que encuentro verdaderamente formidable es que ustedes, los hombres del siglo

Veinte, hayan logrado una máquina del tiempo. Nada de eso se ha sabido… después.

—No es una máquina del tiempo, señorita.

—Señora Warton.

—No es una máquina del tiempo, señora Warton —replicó Emil—, sino un convertidor y un «cronorradar».

—No conozco ninguno de estos aparatos; pero, de todos modos, lo considero como algo verdaderamente interesante —sonrió—. Ya lo comunicaré a mí época, cuando regrese del viaje al Pasado. Caballeros… he estado sinceramente encantada de conocerles…

Hermann frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Se está despidiendo?

—Naturalmente. Debo proseguir mi viaje. No olviden que mi esposo debe estar intranquilo al ver la interrupción de mí marcha, cosa que ha tenido que reflejarse en sus aparatos.

Y les contó, sencilla y emocionantemente, los trabajos de Warton y lo que la máquina del tiempo significaba para ella y sus investigaciones en Egiptología.

Hermann sonrió.

—Bien, bien… por lo visto no han comunicado ustedes el descubrimiento de su esposo a las autoridades competentes.

—No, pero lo haremos en cuanto haya hecho yo los estudios que deseo realizar.

Intervino Krauzer:

—Debes dejarla marchar, Hermann…

—Un momento. No puedo dejar pasar esta ocasión, amigo mío. —Y dirigiéndose a la mujer—. Me interesada saber algo, señora Warton.

Clara frunció el entrecejo.

—¿Qué desea saber?

—¿Han logrado, en su época, resolver el problema de la vejez?

—No.

—¿No se ha hecho sustancia alguna, de tipo hormonal, para la prolongación de la juventud…?

—No, leí hace tiempo, que en su época, un tal profesor Haus…

—¡Ese soy yo!

—Bien, debía habérmelo imaginado. Pues bien, leí que usted logró unos pequeños éxitos sin importancia general.

—Ya.

Y después de un silencio, intervino nuevamente Emil:

—¿Por qué no la dejamos marchar, Haus?

Este se revolvió colérico:

—¡Calla! ¿No te das cuenta de que vas a cometer una tontería?

—No entiendo.

—Si la dejas ir, comunicará a su época la existencia de los aparatos que han inventado. Y cuando su esposo comunique a las autoridades el descubrimiento de la máquina del tiempo, ellas intervendrán, alarmadas por los suyos, retrocediendo a nuestra época para destruir los aparatos que tenemos aquí y que, para ellos, como para todos los hombres del futuro, significan un peligro enorme.

—Pero…

—¡Calla! Eres un estúpido y no dejaré que cometas más errores.

—Pero…

Hermann no le hizo caso. Preguntó a la mujer:

—¿Se da usted cuenta, señora, de que no podemos permitirle, por el momento, que salga de aquí?

Clara, intensamente pálida, se mordía nerviosamente los labios.

Hasta que estalló.

—Ustedes no pueden hacer eso. ¿No se dan cuenta de que la máquina del tiempo de mí esposo no permite una «extrapolación temporal» mayor de una hora?

—Eso no es cierto.

—Lo es, profesor Haus. ¿Qué puede usted conseguir matándome en esta época?

—Yo no pienso matarla, solo deseo que permanezca aquí algún tiempo.

Un gesto de desprecio furioso se pintó en el rostro de Clara.

—¡Es usted un estúpido ignorante, profesor Haus! ¿Ignora acaso que estoy aquí en estado electromagnético? ¿Ha olvidado que, por ahora, es decir hasta lo que se ha llegado en el siglo XXII, no puede mantenerse en este estado un cuerpo más que sesenta minutos? Hace casi tres horas que estoy aquí.

—¡Déjala ir, Hermann!

La voz de Emil había sonado con un tono tal, que Haus giró velocísimo, justo en el momento en que Krauzer se precipitaba sobre él, con los puños cerrados.

Emil era, aproximadamente, de la misma edad que su amigo; pero, en aquellos momentos, la indignación era un hándicap para él. Así, no le costó mucho a Haus parar el impulso del otro y empujarle con tan mala fortuna, que la cabeza de Krauzer chocó violentamente contra el borde de la mesa de despacho donde estaba colocado el cronorradar.

Hermann se quedó mirando al otro, como si no comprendiese.

—¡Lo ha matado usted! ¡Asesino!

Haus se volvió hacia Clara, que le acusaba desde el sillón del convertidor.

—¡Cállese!

—¡Lo ha matado usted!

Haus se encogió de hombros.

—Casi me alegro de haberlo matado… ¡El muy imbécil!

Hubo un largo silencio.

Clara, cuya angustia iba creciendo por instantes, no sabía qué hacer para convencer al profesor de que la dejase volver junto a Warton.

¡Qué loca había sido!

Pero había sido inevitable.

¿Cómo iba a saber Alan que hombres del siglo XX, doscientos años antes que él, iban a descubrir un aparato capaz de «cazar» a cualquier viajero del espacio supratemporal?

—Profesor…

Hermann, que había estado comprobando la muerte de su amigo, se volvió.

—¿Qué quiere?

—¡Por lo que más quiera! ¿No se da cuenta de que mi esposo debe estar sufriendo lo indecible?

—No me importa, señora. Quiero cazar a alguien de una época más avanzada que la suya.

—¿Para qué ese loco empeño?

—Porque estoy completamente seguro de que para entonces se conocerá ya profundamente la esencia hormonal de la vida y se habrá logrado dominar esa degeneración trófica de la hipófisis, haciendo que una eterna juventud arranque para siempre la fealdad horrible de la vejez…

Ella le miró con horror.

Pero él, hundido en el fondo de sus ideas, se sentía plenamente convencido de que había encontrado el mejor camino para lograr sus fines.

—¡Juventud! ¿No se da cuenta de lo que ello significa para un hombre como yo? ¡Volver a ser joven! Sentir, nuevamente, aquella vitalidad que me impulsaba con una energía jamás fallida… ¡Joven otra vez! ¡Rebuscaré todas las épocas del futuro, hasta encontrar a los hombres que hayan hallado la fórmula de una eterna juventud!

—¡Es usted un loco! ¿Se ha percatado de que persigue, ciegamente, el ideal demoníaco de Fausto?

—¡Es verdad! ¡Fausto!

—Sí. Y algo así le pasará a usted… ¡Pagará tan horriblemente esa violación biológica que intenta, que no lo olvidará jamás!

* * *

Alan se alejó de la máquina.

Tenía la frente perlada de sudor y una estrábica mirada en la que sus pupilas dilatadas daban un aspecto de locura a su rostro.

Miró nuevamente el reloj.

Faltaban diez minutos para que se pasasen las dos horas concedidas por la máquina al viaje por el tiempo.

Volviéndose, lanzó una angustiosa mirada hacia el sillón donde había estado sentada Clara, adorablemente vestida de egipcia, hasta que se había evaporado… en el tiempo.

¿Cuántas veces, desde hacía veinte minutos, había repasado los mecanismos del aparato, como si ya temiese lo que iba a suceder?

Porque, indudablemente, algo había ocurrido.

El terror le atenazaba las entrañas y era algo que le quemaba, como un fuego interior, retorciéndolo con una crueldad infinita.

—¡Clara!

La llamaba con aquella ansia incontrolable, deseando verla materializada para, con cualquier cosa, destrozar aquella maldita máquina que se la había robado.

Fue entonces, cuando solo faltaban cinco minutos para que hubiese pasado el tiempo normal de «extrapolación», cuando llegó a la conclusión de que debía llamar en busca de ayuda.

Compuso el número del visófono con mano trémula. Y, momentos después, cuando abrió la puerta al grupo de investigadores científicos del Estado Europeo, se lanzó sobre ellos, presa de un ataque histérico.

—¡Ayúdenme, por favor! ¡Hagan que Clara regrese!

Ellos pasaron al laboratorio, examinando curiosamente la máquina.

—¿Cómo no nos comunicó su descubrimiento?

—Iba a hacerlo. Pero Clara, mi esposa, quiso ir al Egipto de Ramsés II… Ya saben que es profesora de…

—Sí. ¿Ha seguido un procedimiento electromagnético?

—Sí, pero, ¡por favor! Faltan muy pocos minutos.

Ellos repasaron cuidadosamente todos los controles, aumentando la tensión supratemporal, decididos a hacer que Clara volviese por la fuerza.

—Debe estar retenida… no lo entiendo —dijo uno de ellos.

Pero, en aquel momento, un chasquido formidable les sobrecogió, al tiempo que una nubosidad azul envolvía el sillón.

—¡Clara!

La nube se disolvió rápidamente, dejando en el ambiente un fuerte olor a ozono.

La mujer estaba allí.

Pero no fue difícil darse cuenta de que Clara Warton había dejado de existir.

CAPÍTULO V

Las tres astronaves —tres flechas de plata que descendieron velozmente— se vieron envueltas, desde el momento en que, disminuyendo su velocidad, penetraron en la atmósfera de Urano, por una niebla cuya densidad era casi sólida.

El radar funcionó activamente y gracias a la maestría de los astropilotos, los tres vehículos del espacio se posaban, minutos más tarde, sobre la superficie endurecida de una zona del planeta.

En su cabina de mando, el joven coronel James Humber, de las World Space Force, lanzó una satisfecha mirada a los aparatos de control.

—Y está —dijo.

—Sí, coronel —repuso un hombrecillo que estaba a su lado—, pero va a ser difícil buscar algo con esta maldita niebla.

—¿Es la primera vez que viene a Urano, profesor Fair?

—La primera.

—Ya se irá acostumbrando, Aquí, y eso puede interesar a un biólogo como usted mucho más que a nosotros, los ojos humanos no sirven para nada y hemos de utilizar el radar personal para movernos.

—¿Ha estado usted aquí muchas veces?

—Dos, solamente. Esta es la tercera, profesor.

—Según el informe que leí en la Tierra, procedente de los archivos de la Academia de Astrobiologia, no hay aquí seres vivos organizados, a no ser hongos microscópicos.

—Eso es. Por eso ha extrañado a nuestros gobernantes la llegada a los radiotelescopios de la Tierra de imágenes que han hecho creer la existencia inusitada de astronaves por estos parajes.

—Y ese es el motivo de nuestra llegada.

—En efecto.

Hubo una corta pausa.

—¿Usted cree, coronel?

James se volvió hacia su interlocutor, francamente, ya que hasta aquel momento había estado vigilando la marcha de ciertos aparatos del tablero de mando.

Era joven, alto, fornido: un tipo que se encontraba mucho en las Fuerzas Mundiales del Espacio, donde se exigía, además de muchas otras cosas, una corpulencia en relación con la dura vida de los astronautas del siglo XXX.

—¿A qué se refiere usted, profesor?

—A los temores del Gobierno Mundial.

—No soy de los que aman las hipótesis… eso suele ser excelente en el campo de las investigaciones científicas, pero los astronautas hemos de ceñirnos a la realidad.

—Es curioso. Sin embargo, usted procede de una familia de hombres de ciencia. Su hermano Thomas, entre otros, va a conseguir, según se dice en la Tierra, la «biohipofisina», esa sustancia maravillosa que nos mantendrá jóvenes hasta la muerte.

James sonrió.

—He oído algo, y no por la boca de Thomas, que jamás me habla de estas cosas…

—Pues es verdad, coronel. Yo mismo he visitado a Thomas Humber, hace menos de dos semanas, y he hablado con él largamente de sus trabajos biológicos.

—¿Cree que conseguirá algo?

—Estoy plenamente convencido. Sus estudios han demostrado, de una manera inequívoca, que la hipófisis, esa pequeña glándula que tenemos en la Silla Tuerca del esfenoides, es la

responsable, la única responsable, del proceso vital del organismo.

»Es ella, como un director de orquesta, la que armoniza el desarrollo, la que gobierna esa “delicada melodía de cambios” que se llama metabolismo. Todo lo que somos, orgánica y cerebralmente, se lo debemos a la hipófisis.

—¿Y la vejez?

—No es más que una incapacidad en la reproducción celular, una progresiva falta de nacimiento de nuevos elementos. Imagínese que el cuerpo fuera, como opinaban los naturalistas infantiles del siglo XIX, una máquina. Las piezas se irían gastando, progresivamente, hasta que la función de cada una de ellas fuese degenerando, surgiendo las primeras dificultades. ¿Me entiende?

—Perfectamente.

—En el cuerpo, lejos de la hipófisis de aquellos «mecanizados» sabios, influidos por el desarrollo de la mecánica en su siglo, las piezas se van cambiando, bajo el mando de la hipófisis, que es como un ingeniero que ordenase cuándo y dónde debe ponerse una «pieza» nueva.

—Es interesante.

—Muchísimo. Pero sucede que, como las demás partes del organismo, nuestro director de orquesta no está exento de la marcha general… y envejece él también. Rodeado de venenos, toxinas, cansado de «dirigir», el director pierde la fuerza mágica de su batuta, que dominó durante la juventud. Y la «melodía orgánica» va decayendo, desarmonizándose lentamente hasta que se detiene por completo: es la muerte.

»Si se consigue mantener despierto y vigoroso al director, toda la orquesta funcionará bien y no habrá fallos en ninguno de sus miembros. Eso es lo que está logrando su hermano.

James sonrió.

—Es curioso… Pero no puedo dejar de preguntarme el efecto que, sobre nuestra psicología, tendrá esa juventud imperecedera.

—No ha de temer nada de eso, coronel. Las actividades de los individuos serán más constantes y un hombre cualquiera podrá hacer todo lo que se proponía sin el temor de que su vejez le vetase una actividad demasiado corta.

—¿Olvida usted el aspecto narcisista de la cuestión, profesor?

—No, pero la considero completamente secundario. Se ha estudiado detenidamente lo que, desde el punto de vista social, podía significar el que todos fuésemos jóvenes. Habrá, al principio, un cambio de valores quizá demasiado brutal. Pero todo eso pasará con el tiempo.

—Me gustaría saber lo que ocurrirá cuando, de repente, todas las mujeres vuelvan a encontrarse en plena juventud.

—No ocurrirá nada. Los pequeños problemas sentimentales están ya suficientemente orientados en nuestra sociedad, que escapó, afortunadamente, al lastre que nos dejaron los siglos precedentes.

James frunció el entrecejo.

—Hemos desterrado el amor.

—Sí, pero en su sentido negativo. El amor espiritual se ha desarrollado más que nunca. Lo que ha dejado de existir es el seudoamor como justificación de un simple instinto de reproducción. El mundo ha estado demasiado sobrecargado de languidez, de espasmos, y los hombres perdieron demasiado tiempo en los recovecos inútiles de un camino que la vida hizo siempre recto y sin sinuosidades. Quizá haya sido la limitación de nuestra juventud, que la Biología aprovecha como época genésica; pero ahora, cuando su hermano convierta en jóvenes a todos los habitantes de la Tierra, razón de ser, limitadamente biológica, de la juventud de antes, dejará de serlo, ya que lo que se busca es que el cerebro del hombre funcione normalmente hasta el momento de su muerte.

—¡Me ha convencido usted! Ahora, querido profesor Fair, debo ocuparme del desembarco.

—Bien.

James se acercó al transmisor.

—¡Atención! ¡A todos los miembros de la expedición! Orden de reunión de las patrullas junto a la astronave.

Cerró el transmisor.

—¿Viene usted con nosotros, profesor?

—Esa es mi misión, coronel. Aunque, como sospecho, no encontraremos nada anormal, estudiaré al menos lo que la psicología de Urano pueda proporcionarme.

—Vamos, entonces.

Una vez dotados de los equipos espaciales que la atmósfera anormal de Urano les obligaba a ponerse, los astronautas se reunieron al pie del espacio-cohete del coronel.

Todos ellos iban dotados de una visera en la que iba colocado el radar individual, que le permitía, en cierto modo, «ver» en medio de la densa bruma que reinaba en el planeta.

—Nuestra misión en Urano —dijo el coronel, cuando todos estuvieron reunidos a su alrededor— es, como sabéis, descubrir el origen de ciertas anormalidades que los radiotelescopios de la Tierra han captado en los últimos tiempos.

»No quiere decir esto que, como algunos creen, temamos la presencia de criaturas de fuera de nuestro Sistema, aunque esta hipótesis no debe de ser definitivamente descartada. Por eso, amigos míos, hemos de tener mucho cuidado hasta que no estemos completamente seguros de que no hay nada aquí que signifique un peligro para nuestra especie.

»Hay una cosa que deseo haceros notar: evidentemente, si alguien desease atacar el Sistema, tendría que empezar por sentar base en aquellos planetas exteriores en los que nosotros no hemos montado aún defensa alguna. Teniéndolas sólidamente establecidas en Marte, Júpiter y Saturno, es natural que los “presuntos invasores” se establecieran en Plutón, Neptuno y Urano, siendo este la frontera natural de nuestros actuales dominios.

»Todo eso quiere decir que debemos abrir los ojos —sonrió—, y me refiero a los ojos de nuestro radar, ya que los de nuestro cuerpo no nos sirven en medio de estas densas brumas.

«Formaremos tres patrullas; la número uno la mandaré yo mismo y el profesor Fair vendrá en mi compañía; la segunda será mandada por el comandante Olaso y la tercera por el comandante Cumming. Durante toda nuestra exploración, mantendremos un contacto constante, así como un cambio de informaciones.

»Nada más y mucha suerte.

Las patrullas se pusieron en marcha.

Conociendo la geografía de Urano por las precedentes exploraciones. James había aterrizado en un punto en el que confluían tres valles importantes, que iban a ser seguidos por las patrullas, dirigiéndose hacia el borde de un mar, en el que se reunirían.

Las impresiones del profesor Fair eran la mar de curiosas.

No habiéndose servido antes del radar, como única manera de estar en contacto con el mundo exterior, caminaba torpemente, no acostumbrado aún a la calidad de brillos que se reflejaban en su pantalla y que, para los demás significaba distancias concretas que las facilitaban la marcha.

James se percató de ello.

—¿Cómo va eso, profesor? —inquirió, cogiéndose del brazo de Fair.

—Muy mal, coronel. Nunca había estado tan ciego como ahora.

—Le pasará, no se preocupe. Ha de tener en cuenta que los brillos que aparecen en su pantalla son de dos clases: los que corresponden a los objetos inmóviles; accidentes del terreno u otros y los que reflejan objetos móviles que, aquí, no pueden corresponder más que a nosotros, a sus compañeros de viaje. Los primeros tienen, como puede comprobar, un tono mate, los otros son azulados. En cuanto a la distancia, que es lo más difícil de precisar y que solo conseguirá conocer concretamente con la costumbre, debe saber que cuando una figura, sea azul o mate, ocupa dos líneas concéntricas, es que está a dos metros de usted. Todo lo que sea más grande es un peligro a tropezar. ¿Comprendido?

—Un poco. Procuraré acostumbrarme.

La marcha prosiguió, sin que ninguna novedad ocurriese. De vez en cuando, las otras dos patrullas comunicaban sus observaciones, en las que no había nada de particular.

Hasta que, una hora después, Fred Olaso llamó brusca mente a su superior:

—¿Qué hay, Fred?

—¡Estamos empezando a ser rodeados, coronel!

—¿Eh? ¡Qué quieres decir?

—No lo sé aún, señor… Estoy intentando utilizar el «fotorradar», pero no lo he logrado

aún.

—¿Has tenido bajas?

—Ninguna. Pero los hombres dicen que es como si la bruma se hiciese más densa… ¡Algunos afirman haber tropezado con algo!

—¿Es posible?

—He de comprobarlo aún… Espere…

James se mordió los labios.

Las noticias que le estaban llegando no eran lo concretas que hubiese deseado; pero no tenía más remedio que esperar.

Fair estaba a su lado.

—¿Algo nuevo?

—Aún no, profesor. Pero creo que tenemos novedades.

La voz de Olaso se dejó oír en aquel instante:

—¡Coronel! ¡Coronel!

—¿Qué hay?

—¡Se están produciendo las primeras bajas, señor! Los hombres caen al suelo, con «ellos» encima…

—¿«Ellos»?

—Sí. He conseguido verlos a través del fotorradar. Son esféricos y con múltiples extremidades. En este momento se lo envío por televisión, señor.

—¡Defendeos!

—Lo estamos haciendo, coronel. Mis hombres no dejan de disparar, pero el aire está lleno de esas criaturas.

—¡Vamos en vuestra ayuda! Formad un círculo y disparad en todas direcciones… ¿Estáis utilizando proyectiles termógenos?

—Sí.

—Bien… Ahora mismo estaremos ahí…

Ordenó a la otra patrulla que saliese para encontrarse en el punto ocupado por la de Olaso. Y él, a la cabeza de la suya, corrió seguido por los demás hacia el lugar de la lucha.

* * *

Al abrirse la puerta, Hermann se volvió, tropezando con la mirada de Zacharias.

—¿Quién te ha llamado?

El otro no contestó.

Había oído el ruido del cuerpo de Emil al caer y acudió, creyendo que le necesitaban.

Avanzó hasta cerca del despacho, mirando el cadáver del profesor.

—Habrá que enterrarlo —dijo.

La expresión preocupada de Hermann desapareció de su rostro como por ensalmo y una sonrisa cómplice apareció en sus labios.

Por un momento, aunque muy corto, había creído que Zacharias se colocaría «al otro lado»; pero la actitud del monstruoso jorobado le complacía.

—Sí, tendremos que enterrarlo.

¿Qué podía temer de aquel hombre, que debía estar agradecido de que su madre lo sacase de la miseria y de la risa de todos, permitiéndole vivir aislado en el castillo de los Haus?

Además, era indudable que el cerebro de Zacharias no debía de estar capacitado para ver con exactitud los límites del bien y del mal, puesto que su alma debía de estar tan deformada como su cuerpo.

El criado cogió el cuerpo de Emil, como si se hubiese tratado de una pluma, echándoselo sobre su monstruosa espalda.

—Lo enterraré en la bodega —dijo.

Y salió.

Al quedar solo, Haus lanzó una amorosa mirada a los aparatos que Krauzer había traído.

¡Nada importaba que la primera experiencia hubiera fracasado!

A partir de aquel momento, dejaría que Karl siguiese sus experiencias, allá en el

laboratorio. Él se dedicaría exclusivamente a seguir, en el cronorradar, las idas por el tempus de los viajeros supratemporales. Pero esta vez no fallaría, ya que sin ningún género de dudas, los hombres capaces de viajar fuera de su época habrían logrado lo que él ansiaba.

¡Había tenido mucha suerte!

Y, desde luego, no pensaba desaprovecharla. De eso no cabía la menor duda.

Acercándose a la ventana, miró hacia el valle, justo para ver a Hilma, la pastora, precedida por su rebaño, a cuya cabeza iba, correteando, «Kumir», el perro pastor.

Una sonrisa entreabrió los labios del profesor. Sus manos sarmentosas se apoyaron, fuertemente, sobre el alféizar de la ventana.

¿Sería posible?

Sí.

Sus ojos brillaron y un ronco suspiro se escapó de su garganta. Abajo, en lo hondo de la bodega, las paletadas de tierra negra iban cayendo sobre el cuerpo de Emil Krauzer.

CAPÍTULO VI

El hemiciclo de la Academia de Biología y Medicina humanas estaba abarrotado. Y, por primera vez, la residencia estaba acompañada por dos miembros del Gobierno Mundial.

Los ayudantes de laboratorio habían llevado al centro del anfiteatro las jaulas que contenían los animales de ensayo, todos ellos antropoides.

La entrada, poco después, del profesor Thomas Humber fue acogida con una estruendosa ovación.

Thomas era un hombre que frisaba en la cuarentena. Su rostro ofrecía, sin embargo, una marca de envejecimiento prematuro, ya que había pasado casi la totalidad de su vida en el laboratorio, lejos de la naturaleza y sin hacer ejercicio físico alguno.

De espaldas caídas y cuerpo delgado, no tenía en común con su atlético hermano más que la estatura y la nobleza señorial de sus rasgos fisonómicos.

Cuando los aplausos terminaron, sin que su rostro hubiera expresado emoción alguna por aquel caluroso recibimiento, Thomas se volvió hacia la estrada que ocupaba la presidencia.

—Señores —dijo con voz tranquila—, antes que nada deseo agradecer la amabilidad que han tenido ustedes en asistir a los experimentos que voy a desarrollar aquí. Casi todos los presentes conocen ya la idea que ha movido mis trabajos en las últimas décadas. Hoy, por fortuna, puedo ofrecerles la conclusión definitiva de ellos, demostrando la acción, casi instantánea, de la «biohipofisina».

Señaló las jaulas.

—Empezaremos —dijo— por unos ensayos de antropoides, que han sido especialmente seleccionados para ello. Todos estos animales son viejos; es decir, viejos como pueden ser los animales, dentro de su ciclo vital, pero, comparados con nosotros, son seres que tendrían cerca de cien años humanos.

»De todas las particularidades de la “biohipofisina”, la más apreciable es la casi instantaneidad de su acción. En efecto, concebida como activante inmediato, sus efectos se producen en pocos minutos, después de una especie de aparatoso desvanecimiento sin ninguna importancia.

»Esta especie de colapso, de tipo neurocirculatorio, debe su origen a la llegada a la hipófisis de una sustancia que la revitaliza de inmediato. Incapaz, por el momento, de soportar el mensaje violento que envía la hipófisis, el organismo se refugia en el colapso, del que sale al cabo de unos instantes… completamente rejuvenecido.

»Sin embargo, he de decir algo de la mayor importancia, destinado especialmente a la prensa mundial aquí presente: la “biohipofisina” no es, en modo alguno, un rejuvenecimiento integral, capaz de devolvernos todo el tiempo pasado. No, esta sustancia no hace más que rejuvenecer, no prolongando la vida ni un solo instante.

«Indudablemente, el rejuvenecimiento va acompañado de una renovación completa del organismo y de las potestades de la mente. El trabajo físico y mental se orienta como si el individuo tuviese nuevamente veinte años; pero la edad de sus tejidos, de sus órganos, de su organismo entero, sigue siendo la misma que antes de la experiencia; es decir, unos minutos más viejo…

Guardó silencio. Después se dirigió a uno de sus ayudantes:

—Saque el animal número uno.

Pronto estuvo el viejo chimpancé, sólidamente atado, sobre la camilla de experimentación.

—Generalmente, podemos administrar la «biohipofisina» —dijo el profesor— por vía oral; pero en estos animales, demasiado viejos para hacerles tomar nada, utilizaremos la vía

parental.

Había preparado una jeringuilla, que manejó hábilmente, inyectando al animal un líquido completamente incoloro.

Al cabo de unos instantes, el cuerpo del chimpancé se estremeció, siendo sacudido por violentas sacudidas, que no duraron más que unos pocos segundos; después, una especie de sopor lo dejó inmóvil.

El silencio era tan intenso que no se oía más que la pausada respiración del animal.

El tiempo parecía eternizarse para todos los asistentes al experimento.

Pero no habían transcurrido tres minutos cuando el animal volvió a abrir los ojos, suspirando profundamente.

A un gesto de Thomas, el ayudante llevó al animal a una jaula especial, completamente transparente. En cuanto se libró de las ataduras, el antropoide comenzó a dar saltos, haciendo gala de una vitalidad extraordinaria que destacaba con la quietud de sus congéneres, apagados y tristes en sus respectivas jaulas.

La ovación fue estruendosa.

Pero no fue la única: uno a uno, los animales fueron siendo rejuvenecidos ante los admirados espectadores y colocados en la jaula transparente, que hizo asistir a los presentes a cabriolas y saltos que demostraban, de una manera inequívoca, la revigorización de sus organismos.

Después, cuando todos comentaban, admirados, los fantásticos resultados que Thomas Humber acababa de obtener, este reclamó silencio, consiguiéndolo inmediatamente.

—Amigos… —comenzó a decir, con cierta emoción que se transparentaba en su voz—, vuestros sinceros aplausos han sido para mí el pago más alto, el premio al que yo no osaba esperar. Gracias a la ayuda del Gobierno Mundial, que no ha regateado esfuerzos, mis experiencias han podido realizarse en condiciones óptimas.

»¿Cómo podría yo, hoy, hacer patente mi agradecimiento? Podéis estar seguros de que he pensado muchísimas veces en este momento y que espero, de todo corazón, poder satisfacer esa curiosidad que leo en vuestros semblantes.

»Voy a hacer ahora la más definitiva experiencia de todas las que hemos realizado aquí hasta este momento: voy a tomar, yo mismo, una dosis de “biohipofisina”.

El clamor fue indecible y las cámaras de televisión trabajaron a destajo, así como las fonográficas y de cine, que abarrotaron los escaños a ellas destinadas.

Thomas sonreía y esperó, pacientemente, a que el silencio volviese a adueñarse del auditorio.

Después, con un breve gesto, se hizo entregar por uno de sus ayudantes la dosis que deseaba tomar y la ingirió ante el asombro de todos.

Se tendió en un lecho, que acababa de ser dispuesto en medio del semicírculo inferior, haciéndose sujetar por correas, para evitar fracturas durante el período de las convulsiones. También colocaron en su boca una especie de esponja, de manera que no se mordiera la lengua en la especie de ataque epiléptico que debía sufrir.

Momentos después, las contracciones bruscas aparecieron, durando relativamente poco y siendo seguidas del sopor profundo que los asistentes conocían ya.

Pero esta vez el asombro se pintó en todos los rostros al ir notando la transformación que se efectuaba en el profesor. En los animales no se habían percatado de mil detalles que escaparon a sus desconocimientos de la zoología: cambio en la coloración del pelo, un mayor brillo en las pupilas y otros cambios que pasaron completamente desapercibidos para ellos.

Pero en el cuerpo de aquel hombre sí que era perfectamente visible, sobre todo en el rostro, que cambiaba como si una mano invisible fuese limpiando una especie de maquillaje que la vejez había puesto en él.

El cabello se hizo más espeso y las canas desaparecieron como por ensalmo. Arrugas y surcos se borraron de golpe y la piel adquirió una tersura verdaderamente juvenil. También las manos, parte visible del cuerpo como el rostro, sufrieron transformaciones semejantes.

Era un espectáculo ciertamente emocionante y nadie osaba decir nada, temiendo perder los detalles que iban apareciendo paulatinamente. Finalmente, cuando el profesor se despertó y uno de sus ayudantes le quitó la esponja de la boca, desatándole las correas, una ovación, como

no se había oído jamás en aquel lugar, estalló estruendosamente.

Thomas se puso en pie.

Otro de sus ayudantes le llevó un espejo de regular tamaño y él se contempló, detenidamente, muy serio, como un espíritu meramente científico, examinando cada detalle con un ojo severo y compulsando los resultados con lo que esperaba.

La observación de sí mismo debió satisfacerle porque, al final, un asomo de sonrisa entreabrió ligeramente sus labios.

—Señores presentes, y especialmente miembros del Gobierno Mundial, os ofrezco totalmente el resultado de mis experiencias, esperando que la humanidad salga beneficiada con ello.

El alboroto fue fantástico.

—¡Viva el profesor Humber!

—¡Viva la ciencia!

—¡Viva! —corearon todos los asistentes.

Y algunos, impacientes, gritaron:

—¡Queremos saber el premio que va a darse al profesor Humber!

—¡Eso! ¡Eso!

Y todas las miradas convergieron en los dos miembros gubernamentales, que sonreían visiblemente satisfechos.

Uno de ellos, extendiendo las manos y reclamando silencio, se levantó. Y cuando hubo conseguido la quietud solicitada, dijo:

—Estamos plenamente orgullosos de contar, entre nosotros, con un hombre como el profesor Humber. Al dotar a la humanidad de la «biohipofisina» no lo ha hecho con afán de lucro alguno y ha puesto a disposición de los hombres una sustancia que no ha de cambiar el curso inalterable de la existencia, sino proporcionar a los humanos una mayor felicidad, un vigor renovado.

»Los Humber, en el curso de estos últimos doscientos años, han dado vivas muestras de ser una familia consagrada al bien común y su nombre consta ya, en un lugar de honor merecido, en nuestros tratados de Historia. Ahora mismo, en este preciso instante, cuando uno de ellos nos demuestra su lealtad hacia el mundo, otro, el coronel James Humber, recorre los límites de nuestro Sistema Solar, dispuesto a defenderlo, si menester fuera.

»He oído, como miembro del Gobierno Mundial, con entera satisfacción, el deseo de muchos de los presentes por conocer el premio que va a darse a un hombre que nos ha rendido un servicio ten formidable. He de decir que ya habíamos pensado en proporcionarle algo único, algo que no se ha dado aún a nadie…

Hizo una pausa, captándose la máxima atención de todos.

—Me refiero —dijo inmediatamente después— a un aparato de tiempo, de tipo individual que entregaremos al profesor esta misma tarde.

Thomas se sintió profundamente emocionado.

Porque aquel premio era el máximo galardón que un hombre del siglo XXXI podía esperar.

* * *

—Pida más noticias, coronel.

El profesor parecía muy preocupado y se colocó al lado de James cuando este conectó con la patrulla que estaba luchando con aquellas misteriosas criaturas.

La voz de Olaso volvió a dejarse oír:

—¡Mis hombres caen, uno a uno, señor! Y, al mismo tiempo, la nebulosa parece disminuir por momentos.

—¿Qué quieres decir, Fred?

—Que empiezo a ver algunos, sin necesidad de radar, señor.

—¿Te has vuelto loco? ¡Jamás ocurrió eso en Urano!

—Pues así es, coronel.

—¡Llegaremos enseguida!

Y cortó la comunicación, rabiosamente, continuando su camino.

—¡No lo entiendo! —exclamó.

—¿Qué es lo que no entiende, coronel? —preguntó el profesor Fair.

—Que la bruma haya desaparecido. Jamás ocurrió cosa igual.

—¿Han estudiado ustedes la calidad física de esta niebla?

—Sí. Vinieron unos astrofísicos con nosotros, en el curso de la segunda expedición.

—¿Y qué?

—Que, como todas las brumas conocidas, esta era también de carácter micelar: aglomeraciones de partículas sólidas en un ambiente gaseoso, casi líquido.

—Pero ya sabe usted que ciertas corrientes eléctricas, a una cierta tensión, son capaces de aglomerar las partículas micelares, así como sacudidas de ultrasonidos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que, indudablemente, debe haberse producido una de las causas que he citado… Los ultrasonidos no son perceptibles al oído humano, mientras las descargas eléctricas podían y debían ser percibidas por los hombres de las patrullas.

—Y Olaso no hubiera dejado de consignarlo en sus informes. Voy a llamarlo de todas formas.

Conectó, suavemente, insistiendo durante unos minutos, sin dejar de avanzar, pero no obtuvo respuesta alguna.

—No contesta.

Por fortuna, estaban llegando al lugar donde se hallaba la patrulla de Fred.

Aunque hubiese sido mejor que no llegasen.

Como Olaso había dicho, la niebla se había disipado en una gran extensión de terreno, lo que permitía ver allí algo profundamente desagradable.

Todos los miembros de la patrulla yacían en el suelo, en posturas extrañas, con los ojos abiertos y los cuerpos contraídos fuertemente.

Fair se arrodilló, junto a uno de ellos, y lo examinó detenidamente.

—¿Muerto, profesor?

—No… paralizado.

—¿Qué quiere decir?

—Que algo ha debido actuar sobre la musculatura voluntaria. Respiran, viven… pero están como muertos.

—¿No podemos hacer algo por ellos?

—Llevo encima algunas dosis de curare, pero en cantidad insuficiente para todos… Deberíamos volver al espacio-cohete.

Fue en aquel momento cuando la emisora del coronel se encendió, dejando oír la voz del comandante Cummings, el jefe de la otra patrulla.

—¿Qué hay, Alan?

—¡Se está aclarando la niebla, señor!

—¿Eh? ¡Huya de ahí enseguida, Alan!

Hubo una pausa.

—Es imposible, mi coronel.

—¿Por qué?

—Porque mis hombres empiezan a caer como moscas… ¡Una especie de esferas con muchas patas nos están atacando!

—¡Huya!

La comunicación se había cortado.

James miró al profesor.

—¡Hay que hacer algo!

Pero un grito, a su izquierda, le hizo volver velozmente la cabeza.

¡Allí estaba el enemigo!

Eran, como había dicho Cumming, esferas parduzcas, de las que salían no menos de veinte brazos, todos ellos dotados de ventosas, que se fijaban en el cuerpo y la cara de los astronautas.

—¡Fuego! ¡Fuego a discreción!

Pero era inútil.

Las esferas, en número impresionante, cayeron sobre ellos. En el último instante, Fair

logró sacar algo del bolsillo y colocárselo en la mano derecha.

Eso fue lo único que hizo antes de caer, sintiendo que la parálisis iba apoderándose de él.

Luego, las esferas desaparecieron.

Tendido en el suelo, junto al coronel, tan inmóvil como él, el profesor meditaba tristemente, intentando encontrar una explicación lógica a todo aquello. Indudablemente, había algo «conocido» en cuanto había visto; pero, por el momento, no podía asociarlo a un recuerdo que, por otra parte, era demasiado vago y nebuloso.

Estaba, eso sí, seguro de que aquellas esferas producían fuertes cantidades de ultrasonidos, que disolvían la niebla; pero…

¿Para qué?

Intentó moverse, pero ningún músculo le obedeció. Todos los que estaban regidos por el sistema nervioso motriz y voluntario sufrían la parálisis total, lo que hacía además de no poder moverse, no pudiera hablar ni emitir sonido alguno.

¿Por qué los habrían paralizado, yéndose después?

Aquella era la pregunta que perforaba su cerebro, cuya actividad había aumentado considerablemente. Su posición, estando echado sobre un altozano y con la cabeza algo alta, le permitió encontrar la respuesta a aquella angustiosa pregunta.

Eran como tortugas, no demasiado grandes como los gigantescos quelónidos que Fair había visto en los museos de Historia Natural. Pero lo curioso era que aquella especie de tortugas llevaban, sobre las conchas… los tentáculos de las esferas, que flotaban sobre ellas como globos pardos.

¡Y Fair recordó!

Ahora sí que veía claro todo el proceso, ya que había leído que, en los planetas exteriores, se daban formas de vida simbiótica, en la que unos animales, dotados de mecanismos paralizadores como los onidarios de la Tierra, pero mucho más potentes, colaboraban en la caza de las presas destinadas a sus «amos», que debían cederles algo muy importante para su vida.

Aquellas tortugas, que no tenían de tal nada más que el aspecto exterior, demostraron prestamente su avidez carnívora, empezando a devorar al primer astronauta que se les puso a su alcance.

Fair se estremeció.

Porque jamás podía existir una muerte tan horrible como la que iba a padecer aquel desgraciado.

Entonces se dio cuenta el profesor de que James había rodado hacia él y que, merced a la nueva posición adquirida, podía ver, con la misma claridad que él mismo, la alucinante escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Después de terminar su primera presa, las tortugas, antes de empezar con la segunda, pusieron una gran cantidad de huevos que los seres esféricos multípodos devoraron, con sus tentáculos, con verdadera fruición.

¡Nunca podía haber existido una asociación tan ciegamente criminal!

CAPÍTULO VII

Se detuvo Hilma, como de costumbre, en la planicie verdosa de las afueras del castillo. «Kumir», por su parte, sabiendo que podía dejar las ovejas que se dispersaran un tanto, sin mayor peligro, corrió a sentarse a los pies de su dueña.

La mañana era espléndida.

Proyectándose con fuerza, los rayos del sol hacían brillar las aristas de las antiguas almenas de la fortaleza de los Haus, poniendo pinceladas de oro en las agujas agudas de las torres.

Cuando el perro levantó ligeramente la cabeza, moviendo la cola, la muchacha supo que el profesor se acercaba. Y esta vez volvió la cabeza para verle, ya que había faltado durante tres días consecutivos a aquella cita amistosa que se había convertido en una costumbre.

Hermann Haus caminaba, como siempre, a saltitos, un tanto encorvado y siempre sonriente; pero, en esta ocasión, su sonrisa parecía más acentuada que otras veces.

—¡Buenos días, profesor!

Él se sentó a su lado, sobre la amplia roca cubierta totalmente de verde.

—¡Hola, Hilma!

—¿Ha estado usted enfermo?

—No… solamente ocupado. Muy ocupado.

—Trabaja usted demasiado.

El acentuó su sonrisa.

—Es la costumbre. Además, espero a alguien.

—¿Sí?

Los ojos de Hermann se clavaron en el rostro de la muchacha, deseando no perder ni un solo detalle que le especificara la reacción que esperaba se produjera en ella.

—Espero a mí sobrino.

Y como ella no dijese nada.

—Es joven, fuerte, valiente… una hermosa criatura como tú.

—¿Profesor también?

—No. Es un muchacho lleno de vida que no se preocupa más que de vivirla… Le diré que venga a verte. ¡Seguro que él te será más agradable que este viejo gruñón e inútil!

¡Se había sonrojado!

Haus experimentó una sensación indefinible, como hacía muchos años era incapaz de sentir. Y la sangre latió más aceleradamente en sus viejas arterias.

—Me agrada mucho su compañía, profesor —se excusó ella.

—Pero no es lo mismo, pequeña. Él es joven y os comprenderéis… «estoy seguro», mucho mejor. Es natural, ¿no te parece?

Ella bajó la cabeza, aumentando su rubor.

—Si usted lo dice…

—¡Claro que sí, Hilma! Tú representas algo hermoso en la vida, algo que no se puede pagar a ningún precio: la juventud. Y… ¿qué admira la juventud? ¡A ella misma, pequeña! Es una atracción que nada ni nadie puede desviar… ¡Ya verás cuando mi sobrino Hermann venga a verte!

—¿Se llama como usted?

—Sí.

Hubo una pausa.

Evidentemente el arrobo de la muchacha no había cesado. Y quizá deseando cambiar el curso de aquella peligrosa conversación, que la había alterado un tanto, dijo:

—Hace días que tampoco he visto a Zacharias.

—¿No te da miedo?

—No, le tengo lástima; aunque —añadió sonriendo— por nada del mundo permitiría que se acercara a mí.

—Se lo prohibiré.

—¡No hace falta! Sólo una vez, al principio de venir aquí, le vi, escondido detrás de esos olmos… mirándome fijamente. Pero en cuanto se dio cuenta de que yo le había visto, salió corriendo hacia el castillo.

—Sí, es muy tímido…

Y Hermann consultó el reloj, poniéndose en pie.

—He de irme, Hilma. El trabajo me llama.

—¿Vendrá usted mañana, profesor?

El la miró y, guiñándole un ojo, dijo:

—¿No querrías mejor que mañana viniese mi sobrino?

Ella volvió a ruborizarse.

—¡Qué cosas dice usted!

Él se alejó, contento de sí mismo, satisfecho de haber orientado la mente de la joven… hacia lo que, fatalmente, debía de producirse.

Una vez en el castillo, se dirigió primeramente al laboratorio, donde Karl seguía ocupado en sus estériles investigaciones. No le había dicho nada y nada sabría, ya que la llave del despacho estaba en su bolsillo y nadie penetraría allí excepto él.

—¿Cómo va eso, Drember?

Karl se volvió apenas.

—Nuevos fracasos en los lotes, señor… ¿Hacemos otros nuevos?

Haus simuló que se concentraba.

—Creo que debiéramos asociar la molécula de metilamina a algún metal monovalente…

—¿Sodio?

—Mejor potasio. Prepare tres lotes más y veremos lo que podemos obtener.

—Bien.

—Yo voy a seguir repasando las fórmulas… ¡Hay algo en todo esto que me hace pensar que seguimos un camino equivocado, pero no lejos del verdadero!

—Perfectamente, profesor.

—Hasta luego.

—¡Adiós!

Hermann subió a su despacho y abrió la puerta con verdadera emoción. Había pasado la noche pendiente de la pantalla de «cronorradar», pero nada importante había aparecido.

Llevaba ya tres días y tres noches esperando que lo que tan ardientemente deseaba se produjese.

Pero estaba seguro de que se acercaba el final y que, en el momento menos esperado, la «gran caza» llegaría y podría —¡al fin! — poseer el secreto que, sin ningún género de dudas, habrían encontrado los hombres del futuro.

¡El mito de Fausto!

Así había hablado aquella mujer del siglo XXII, aquella histérica que había nacido, como él? demasiado temprano. ¿Qué podían ser dos siglos para la Biología?

Tenía que capturar a un hombre de otra época más avanzada aún, gente que ya fuese «eternamente joven». Su fe en la ciencia era inquebrantable y estaba completamente seguro y convencido de que tal descubrimiento se produciría.

Desde siempre, la humanidad se había revelado contra aquel declinar orgánico que le imponía la vida y que, a su juicio, no tenía razón de ser. A menos que el ser humano desease seguir siendo esencialmente animal y no utilizar el poder de su mente para salirse del camino que la naturaleza le había trazado.

¿No había hecho mil cosas más en contra de la limitación que su biología le imponía?

Salió al aire, volando como los pájaros, se sumergió en el mar, navegando en él con más seguridad que los propios peces. Estaba ya buscando los caminos del espacio…

¿Entonces?

Cerró la puerta con llave, poniendo en marcha el «cronorradar». Sus ojos se quedaron inmóviles, fijos en aquella pantalla cuyos brillos blancos no le interesaban.

Hilma…

¿Ella? ¡Bah! ¡Ella y muchas más estarían a su alcance cuando la maravilla se hubiese hecho realidad!

Nunca supo el tiempo que había estado allí, fija su mirada en la pantalla, hasta que la nebulosidad azul se presentó, haciendo que su corazón latiese con una intensidad inusitada.

Había dispuesto un mecanismo automático que le permitía, desde la mesa, controlar la intensidad de la corriente electromagnética del convertidor. Así, manejando ambos mandos, consiguió colocar la mancha azul en el tres ceros, oprimiendo entonces el botón del convertidor.

Presa de una emoción indecible y de no pocos temores, ya que la repetición del fracaso anterior le desmoralizaría mucho, Hermann esperó a que la nebulosidad azulada desapareciera.

Y entonces…

Nada más contemplar al hombre que estaba allí, sentado y sorprendido, con sus vestiduras extrañas y sus cabellos casi completamente cortados, se percató de que había encontrado lo que buscaba.

Había demasiada serenidad en aquel rostro para que fuese lo joven que aparentaba. Y el brillo de aquella mirada no era la de un muchacho, sino la de un hombre acostumbrado a encararse con los más graves problemas del intelecto.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? —inquirió el desconocido, mirando a Hermann y a los aparatos que le rodeaban.

Luego, bruscamente, se puso en pie, saliendo del espacio limitado por el sillón.

—¡No! ¡No haga eso!

—¿Por qué?

—Usted no puede salir de ahí. Los efectos electromagnéticos…

—¿Qué estupideces estás diciendo, ciudadano? Mi aparato del tiempo, que llevo aquí, como cinturón, funciona gracias a impulsos puramente fotónicos… Ya veo —dijo, después de examinar someramente el convertidor y el cronorradar— que todo esto utiliza formas de energía muy antiguas. ¿En qué época estoy?

—Finales del siglo XX. 1998, exactamente…

—Sí, ahora recuerdo vuestra indumentaria, que he visto en el Museo Arqueológico, en la sección de la Era Atómica.

—¿De dónde procedes tú? —inquirió Hermann, utilizando la misma llaneza de tratamiento que el otro.

—Al siglo XXXI, exactamente el año 3045… Vigésimo Cuarto de la Era Panfotónica.

Haus contemplaba embelesado aquel bello ejemplar de la raza, conservado joven — ¡estaba seguro! — gracias a procedimientos fantásticos.

—Yo iba hacia la Era Azoica, con el fin de estudiar las reacciones de la materia plásmica de la que surgieron las primeras amebas. Lo que no comprendo es cómo he llegado a esta época, que no deseaba visitar.

—¿Tan poco interesantes te parecemos?

—Mucho. Pero el hombre del siglo XX… y hasta el XXV representa, para nosotros, lo más doloroso de la especie humana.

—¿Por qué?

—Porque habiéndose dado cuenta de las posibilidades enormes que les procuraba su intelecto, las utilizó de manera negativa, biológica, animal, elemental…

Hermann se amoscó a causa del desprecio que leía en el rostro del otro.

—¿Es que tú no eres tan biólogo como yo? —preguntó.

—Sólo aparentemente. Hay, en verdad, una identidad biológica… meramente necesaria. El resto, la mente, está enfocada hacia objetivos distintos, diametralmente opuestos.

—No entiendo.

—La mente de los hombres de su siglo y de los que siguieron, hasta una determinada fecha, feliz para la humanidad, estaba influida directamente por las reacciones orgánicas y, sobre todo, por la libido. Acciones, con apariencia puramente espiritual, no eran más que

descargas de adrenalinas o de cualquier sustancia hormonal. Todo estaba groseramente empapado en la fisicoquímica del cuerpo.

»El hombre, a pesar de vanagloriarse de ello, no había aprendido aún a pensar, en el sentido que nosotros damos a esa palabra. Por otra parte, su cerebro estaba sometido a acciones externas, a técnicas que le imponían una forma de conducta que le alejaban por completo de sus destino cósmico.

»Era, ya lo sabemos, la última fase de la evolución, los últimos escalones que la especie debía subir para colocarse en su verdadera cima, en el puesto que le había sido encomendado.

Haus sonrió, internamente irritado por aquella seguridad que consideraba excesiva.

—¿Y vosotros… lo habéis logrado?

—Nosotros, no… la especie. Al darnos cuenta de que habíamos vivido sometidos al soma, esclavos del organismo, produjimos una mutación en la especie.

—¿Qué mutación? ¿Para qué?

—Para romper las anclas que nos mantenían atados al cuerpo… Fue un momento histórico, en el que la especie se dio cuenta de que ya había llegado el instante de dejar de ser «animales racionales» para convertirse en «criaturas racionales».

—¿Y en qué consistió la mutación?

—En desconectar los centros subtalámicos del resto del cerebro. Al romper aquel nexo, que nos había animalizado durante milenios, dimos a la mente una oportunidad magnífica de liberarse para siempre de lo que vosotros, demasiado enfáticamente, llamabais instintos, apetitos o necesidades orgánicas.

—¡Eso es una locura!

—¿Por qué? Locura era vivir en servilismo absoluto a algo que era puramente animal. Durante millones de años, el hombre, escapado apenas de una calidad de animal completo, vivió pendiente de sus necesidades, de sus apetitos, de sus instintos. Ellos le llevaron a hacer algo tan espantosamente ilógico como la guerra, que era una lucha entre seres inteligentes, capaces de concebir categorías universales.

»¿Puede haber algo más absurdo? El hombre poseía la inteligencia, que le daba entrada en la comprensión del cosmos y en el camino para llegar a entender su propia esencia. ¿Qué hizo con esa inteligencia? Someterla a su miserable Biología o utilizarla como hubiese hecho un león, una pantera o un cerdo que la hubiesen poseído.

—Creo que cometes un error de apreciación, seguramente el que te da esa idea de absurda superioridad que posees.

Hermann se sentía ofendido, ya que entreveía una crítica directa a su manera de pensar.

¿Qué se había creído aquel extraño hombre del futuro?

Pronto se daría cuenta de que su Era Panfotónica iba a servirle de muy poco.

—Voy a decirte algo —una sonrisa irónica había aparecido en el rostro de Haus.

—¿El qué?

—Te he detenido voluntariamente en tu viaje por el tiempo.

El otro enrojeció de ira.

—¿Con qué derecho? —suspiró luego—, ¡Es verdad! Había olvidado que eras un pobre hombre del Pasado. Pero, de todos modos, me pareces lo suficientemente inteligente como para que te des cuenta de que me debes una explicación.

—Es verdad —la sonrisa se había acentuado en el rostro de Haus—. También te creo suficientemente inteligente para que comprendas que no tienes más que una salida.

—¿Qué quieres decir?

—Que, como he visto, no tienes la edad que representas, lo que quiere decir que los hombres de tu época han descubierto lo que yo ando buscando desde hace muchos años.

—¿La «biohipofisina»?

—¿Qué es eso?

—Lo que ha hecho posible mi rejuvenecimiento orgánico.

Los ojos de Haus brillaron como ascuas.

—¿«Biohipofisina»? ¡Es ideal…! Yo buscaba el «panhormón», que, después de todo, es algo semejante, ya que creí siempre que la hipófisis era la responsable de la vejez y el medio de evitarla. ¿Hace mucho tiempo que habéis descubierto esa maravillosa droga?

El otro enarcó el entrecejo.

—Muy poco tiempo, si es que de tiempo podemos hablar tú y yo… He sido yo mismo quien ha descubierto la «biohipofisina». Soy el profesor Thomas Humber.

Hermann lanzó una estridente carcajada que resonó en toda la habitación.

—¡Esta sí que es buena! ¡Vaya suerte la mía! Voy a caer, justamente, con el descubridor de esa sustancia, con el único que puede explicarme, científicamente, la manera de obtenerla.

—¿Eh?

Los ojos de Thomas estaban desorbitados.

—¿Por eso me detuviste, malvado?

—¿Malvado? ¿Lo es un hombre que quiere volver a ser joven, que desea ardientemente ser como fue…?

—¡Claro que lo es! El rejuvenecimiento no significa, para nosotros, los hombres de la Era Panfotónica, más que la forma de evitar que el cuerpo nos moleste con sus achaques de vejez y nos moleste en nuestra misión cerebral y espiritual… La «biohipofisina» no se usa más que para mejor servir a los demás, para contribuir a que el hombre siga escalando un mejor puesto en el cosmos.

—¡Todo eso puede estar muy bien en tu época, majadero! Pero olvidas que la mía es mucho más interesante que esa, en la que me parece veros convertidos en estatuas deshumanizadas… ¿Para qué crees que deseo volver a ser joven? ¡Porque amo la vida! Con sus defectos, sus aberraciones, su dominio biológico, como tú dices… ¡Déjame de monsergas!

—¡Maldito!

Y Thomas se abalanzó sobre el otro, dándose cuenta casi enseguida de que atravesaba el cuerpo humano del siglo XX sin poder llegar a tocarlo.

Hermann lanzó una carcajada.

—¡Estúpido presumido! Antes te has reído de los efectos electromagnéticos, pero has olvidado que, para pasar a mí dimensión corporal, has tenido que convertirte en ellos y que ya no eres fotones… ¡sino electrones! Para regresar a tu dichosa Era Pantofónica habrás de confiarme el secreto de la «biohipofisina». De otro modo… ¡te quedarás aquí para siempre!

Y antes de que el otro pudiese evitarlo, bajó la palanca del influjo magnético, atrayendo a Thomas, que se vio lanzado hacia el sillón, donde quedó sólidamente amarrado.

—Y ahora —dijo Hermann—, ya lo sabes… ¡La fórmula o el destierro fuera de tu Era!

CAPÍTULO VIII

Los dos hombres se miraron…

Era lo máximo que podían hacer, en la postura que tenían: mirarse. Pero había en aquella mirada toda la desesperación que les daba su inmovilidad y, al mismo tiempo, el terror de aquella muerte espantosa que no tardaría en llegar hasta ellos.

Sin embargo, a James le pareció que los ojos del profesor Fair querían decirle algo. No obstante, volvió a mirar a aquellas tortugas que, después de haber devorado vivo al segundo de sus hombres, volvían a poner aquellos huevos que las esferas succionaban glotonamente.

Cuando volvió la mirada, sin mover los músculos oculares, sino haciéndolo de reojo, leyó claramente la desesperación en las pupilas de Harry Fair.

No había duda alguna de que el profesor intentaba decirle algo.

Humber intentó entender la intensidad de aquella mirada, el brillo desesperado de los ojos del doctor, esforzándose en encontrar una explicación a la inusitada violencia que había en ellos.

¿Qué querría decirle?

Finalmente, cuando el roer alucinante que producían las tortugas volvió a llegar hasta él, indicándole que un nuevo astronauta estaba sirviendo de pasto a aquellas bestias, creyó comprender lo que el profesor decía y haciendo un esfuerzo tremendo con los ojos, siguió la dirección que el otro intentaba indicarle.

¡La mano del profesor!

¡Ahora sí que lo comprendía todo, aunque no podía explicarse cómo se las había arreglado Fair para tener, como tenía, fuertemente cogida entre sus paralizados dedos, aquella jeringuilla metálica!

Si hubiese podido sonreír… ¡con qué ganas lo hubiera hecho!

Pero enseguida y lanzando al doctor una mirada de agradecimiento, se percató de las dificultades terribles que se opondrían a lo que ambos deseaban hacer.

Porque lo que Fair quería era que el coronel se pinchase él mismo, clavándole la aguja que miraba hacia afuera y que haría desaparecer la parálisis.

¿Cómo acercarse al profesor, hasta que la aguja se clavase?

Estaban cerca el uno del otro, casi tocándose, pero la pequeñísima distancia que les separaba significaba, en las condiciones en las que se encontraban, como si hubiera sido el mismo infinito…

Torturándose el cerebro, James estudió todas las posibilidades, alegrándose al darse cuenta de que su cuerpo estaba en pendiente y de que el profesor estaba un poco más abajo que él.

¡Si pudiese deslizarse un poco!

Su cerebro mandó órdenes violentas a todos sus músculos, aun sabiendo que ninguno de ellos le obedecería; sin embargo, la tensión corporal llegó a ser tan grande, que consiguió un avance, muy pequeño, acercándose a una posición de desequilibrio que era lo que precisamente le interesaba.

Tenía la frente perlada de sudor.

Ya no oía el desagradable ruido de las mandíbulas de las tortugas y si lo oía, no hacía ningún caso, concentrándose totalmente en aquel esfuerzo que podía ser la liberación de los que aún estaban con vida.

«¡Un nuevo esfuerzo, James!», se dijo interiormente el coronel.

Volvió a desencadenar aquella tormenta de violentas órdenes, sintiendo que todo su paralizado cuerpo le dolía. Y sin poder morderse los labios, soportó el dolor, aumentando la

tensión total y haciendo que su cuerpo llegase al borde de la pequeñísima cuesta que le separaba del doctor.

De repente, cuando menos lo esperaba, sintió que «corría hacia abajo». No fue, en realidad, más que una sencilla caída de unos centímetros, pero sí lo suficiente para que sintiera, inmediatamente, el pinchazo de la aguja que le penetraba, profundamente, en el muslo derecho.

La emoción se apoderó de él, esperando ansiosamente el momento de empezar a sentir los primeros síntomas de liberación.

Durante unos instantes, se aterró al oír las patas de los quelónidos que se acercaban demasiado a él. Y la idea de que aquellas bestias le devorasen, justo en el momento en que esperaba una liberación completa, amenazó con hacerle enloquecer.

Pero el animal se detuvo, a menos de dos metros del coronel, empezando a devorar uno de los hombres que yacían allí.

Una especie de agradable calor llegaba al corazón de James.

¡El curare!

Luego, bruscamente, una serie de sacudidas violentísimas le hicieron estremecerse. Por fortuna, aquella reacción duró muy poco tiempo. Y James, cuya voluntad operaba intensamente, se vio libre de la parálisis, sonriendo al comprobar que su cuerpo volvía a pertenecerle.

Se puso en pie de un salto.

No podía perder un solo segundo.

Y sabiendo que las tortugas eran las responsables de la actitud de las esferas, recogió su rifle termógeno, y empezó a disparar como un loco, destrozando, a todos aquellos infectos animales en un abrir y cerrar de ojos.

El comportamiento de las esferas acabó de explicarle la dependencia estrecha que había entre ellas y las tortugas. En efecto, la simbiosis era tan estrecha, que la muerte de las tortugas acarreó la de las esferas, que se desinflaron, cayendo mansamente al suelo.

Una vez que sus enemigos estuvieron definitivamente fuera de combate, el coronel se precipitó sobre el profesor, viendo que quedaba aún una pequeña cantidad de líquido en la jeringuilla, inyectándolo inmediatamente en el brazo de Fair.

Momentos después, el profesor se puso en pie.

La emoción de los dos les llevó a fundirse en un abrazo.

—¡Hemos escapado de una buena, doctor!

Fair sonrió.

—Jamás hubiera imaginado que se podían pasar momentos de angustia como los que acaban de terminar.

—Ha sido verdaderamente horrible.

—Por un momento, coronel, creí que no me había entendido usted.

—Le entendí enseguida, pero me desesperé al pensar en cómo podría salvar la distancia que nos separaba. ¿Cómo se le ocurrió sacar la jeringuilla, profesor?

—Lo hice en el último instante. Cuando llegaban las informaciones con aquella especie de parálisis que sus ayudantes decían que se producían, pensé que el curare nos podría ayudar un poco.

—¡Ha estado usted magnífico, profesor!

—No es nada… ¿Y si nos ocupáramos de los demás?

—¿Tiene usted más dosis?

—Unas pocas, pero en la astronave hay algunas más.

Inyectaron todo lo que el profesor poseía, mirando con horror lo que había quedado de los cuatro hombres que habían sido devorados vivos.

Pero James no podía olvidar a los demás.

—¡Hay que correr en ayuda de los otros! Formad dos grupos… Ya sabéis la manera de destrozar este ataque… ¡Disparad contra las tortugas, las esferas caerán solas!

Llamó, inmediatamente, a la astronave, ordenando que dos de los hombres que habían quedado allí saliesen en su busca cargados de todas las dosis de curare que había en la enfermería de a bordo.

Tres horas después, cuando había terminado con sus espantosos enemigos, James se dio cuenta de que había perdido quince hombres.

—¡Es un balance muy triste! —exclamó con acento triste.

—No debe hacerse daño, coronel. No pudimos hacer otra cosa —dijo el profesor— Lo importante ahora es que sabemos que no se trata de ninguna invasión de fuera del Sistema, sino de una fase biológica de Urano. Un bombardeo con sustancias antibióticas y todas las tortugas que pueden quedar desaparecerán en un abrir y cerrar de ojos.

—Tiene usted razón.

Y James ordenó el regreso a la Tierra.

Los tres espacio-cohetes salieron disparados, alejándose de aquel mundo hostil que tantas angustias les había procurado.

Desde la ventana de popa, Fair contempló Urano y se estremeció, sin poderlo evitar, al rememorar los alucinantes momentos que había pasado allí y que jamás olvidaría.

* * *

Acababa de terminar su informe, en presencia del profesor y ante un general de las Fuerzas Mundiales del Espacio, cuando un hombre penetró en el despacho.

James conocía vagamente aquel rostro y no tardó en identificarlo como uno de los miembros del Gobierno Mundial.

Todos se habían puesto en pie y el recién llegado, después de estrechar las manos que le tendían, miró fijamente a Humber.

—¿No hay peligro de invasión exterior, coronel?

—No, señor. Pero hemos perdido algunos hombres…

—Sí —intervino el general—. No lo han pasado bien del todo.

Y relató al gobernante las peripecias de los astronautas.

—Bien —dijo este, cuando el otro terminó su relato—. Tomaremos las medidas pertinentes para destruir esa forma hostil de vida en Urano. Ahora —y volvió a mirar a James — es otro asunto el que me ha traído.

Hubo un corto silencio.

—Sabrá usted, coronel, que su hermano consiguió un triunfo sin precedentes.

Los ojos de James se alegraron.

—¿Fue un éxito lo de la «biohipofisina»?

—Completo; pero, desdichadamente, tengo malas noticias para usted.

El rostro del astronauta se ensombreció.

—El Gobierno premió a su hermano con un aparato del tiempo, máximo galardón que puede darse a un hombre. El profesor Humber deseaba, según nos dijo antes de partir, visitar la Tierra en sus primicios, ya que le interesaba estudiar ciertas reacciones químicas que hicieron posible el paso de las grandes moléculas de proteínas a la materia viva…

—Comprendo.

—Ya sabe usted que, a pesar de la completa interdependencia de los aparatos del tiempo, poseemos un centro de control, que nos sirve para conocer la buena marcha de cada uno de ellos.

—Lo sé, señor.

—Pues bien, estamos completamente seguros de que algo le ha ocurrido a su hermano… que no ha hecho, por otra parte, el viaje completo.

—¿No ha llegado donde deseaba?

—No. El indicador supratemporal marca una fecha de las postrimerías del siglo XX.

—¿No habrá descubierto mi hermano algo que le haya hecho detenerse allí?

—No. Su hermano es uno de nuestros más leales ciudadanos y ya sabe usted que solo damos permiso para un viaje, cuya extensión se conoce de antemano. Nunca hemos permitido que se visiten épocas en los que el más pequeño error, por parte del viajero, podría causar un mal histórico in calculable.

—Es verdad.

—Por eso dotamos a los aparatos de un contador de distancia temporal invariable, cuya

llave guardamos nosotros, de modo que no pueda permutarse la época a la que el viajero va destinado.

—Sí.

—Por todo lo que lleva dicho; hemos de pensar en un accidente fuera de la voluntad del profesor Humber.

—¿No sospechan de lo que puede tratarse?

—Sí y no…

—¿Qué quiere usted decir?

—Que parece como si su hermano hubiese sido «obligatoriamente atraído a esa época».

—¡Pero eso es imposible! No sabemos que nadie, en el siglo XX, hubiese logrado un aparato del tiempo.

—Ya lo sé; pero nuestros técnicos han estudiado detalladamente el asunto. Parece ser que en el año 2108, un tal profesor Warton logró la primera máquina del tiempo, algo primitivo y que se regía por elementales fuerzas electromagnéticas.

—¿Qué tiene que ver eso con el siglo XX?

—Un poco de paciencia, coronel. Warton en vez de comunicar a las autoridades su descubrimiento, permitió que su esposa hiciese un viaje al pasado. Clara Warton era una de las mejores especialistas en Egiptología y creyó que con el invento de su esposo iba a lograr una maravillosa información «sobre el terreno».

—¿Lo consiguió?

—No. «Algo» la detuvo en el camino… fijándola, según el informe de los técnicos, en las postrimerías del siglo XX.

—¿Eh?

—Le sorprende, ¿verdad? Pues así ocurrió. Ella regresó a su tiempo, pero terriblemente afectada por la electricidad y el magnetismo, murió casi al llegar. La Comisión Científica hizo un profundo estudio del caso y determinó que debía destruirse la máquina del profesor Warton. Eso es todo.

Hubo una larga pausa.

—¿Cree usted entonces, señor, que mi hermano ha caído en el mismo cepo?

—Tenemos muchos motivos para temer que haya sido así.

—¿Entonces?

—Todo nos hace pensar que en esa época pretérita alguien logró, si no una máquina del tiempo, un interruptor capaz de detener a los viajeros que se moviesen por el espacio unidimensional.

—¿Y no podemos hacer nada por Thomas?

—No lo sé, pero eso no quiere decir que no vamos a intentarlo. De ahí la visita que le estoy haciendo, coronel.

—¿Qué desean de mí?

—Excepcionalmente y con su promesa seria y sincera de que no modificará nada fundamental en el año 1998, vamos a autorizarle para que vaya en busca de su hermano.

—¡Gracias, señor!

—No me las de a mí. El gobierno en pleno, considerando el valor de la persona de Thomas Humber, ha votado esta decisión. Es posible —añadió momentos más tarde— que su hermano esté ya afectado por el electromagnetismo, única fuerza supratemporal de esta atrasada época…

—¿Cree que habrá muerto?

—Espero que no; pero, de todos modos, convendría que se hiciese acompañar por un doctor capaz de intervenir a Thomas si este lo necesitase.

—¡Ese soy yo!

Se volvieron, sorprendidos, hacia Fair, que era quien había lanzado esa inesperada exclamación.

James sonrió.

—¿Es que no tiene usted bastante, profesor, con lo que acaba de pasar en Urano?

—No, coronel. Soy un sincero admirador del profesor Humber y no me perdonaría jamás el no hacer por él cuanto estuviese a mí alcance.

Y volviéndose al miembro del gobierno, dijo:

—Señor, además de mí profesorado en Biología, soy médico-cirujano y, si no lo recuerda, creador de las «osteoplastias» masivas. Trabajo por el que me concedieron el premio «Universitas» hace seis años.

—Lo recuerdo, profesor Fair.

—¿Cree que soy la persona que debe acompañar al coronel?

—Estoy plenamente convencido de que le será usted de una gran utilidad.

Y después de hablar de detalles sobre la salida de la época y el lugar donde debían recoger los aparatos, terminó:

—Eso es todo, señores. Permítame que informe sobre el resultado de esta entrevista al resto del gobierno. Estoy seguro de que estarán completamente complacidos.

El general salió con él, dejando solos a los dos hombres.

—Llevaré conmigo una caja de instrumentos y «plastias». Podemos necesitarlas.

—¿Usted cree?

—Sí. Las radiaciones electromagnéticas suelen producir lesiones medulares importantes, seguidas de anemias irreparables por fallo de los centros hematopoyéticos…

—¡Todo eso es griego para mí, profesor! Pero nunca sabrá lo que le agradezco su ayuda…

CAPÍTULO IX

Drember terminó de dosificar las cantidades de sustancias que debían integrar los nuevos lotes; después puso el autoclave en marcha y encendió un cigarrillo.

Estaba preocupado.

Desde hacía unos cuantos días, bastantes, el profesor Haus parecía haber perdido todo el interés por aquellos trabajos, que le apasionaban semanas antes. Había desertado del laboratorio y apenas si preguntaba por la marcha de los experimentos.

Por otra parte, Karl se extrañó de que el profesor Krauzer, que tan simpático le había sido el día de su llegada, se hubiese ido —así se lo comunicó Hermann— sin decirle absolutamente nada… y que su coche siguiese en la antigua caballeriza.

No podía explicarse satisfactoriamente todos aquellos misterios y deseaba aclararlos cuanto antes.

Porque, sin ningún género de dudas, algo debía de estar ocurriendo en el viejo castillo de los Haus: algo que se le antojaba desagradable desde muchos puntos de vista.

Por eso, cuando terminó de fumar su cigarrillo, Drember llegó a la conclusión de que estaba perdiendo lastimosamente el tiempo y que la búsqueda del «panhormón» no interesaba, en absoluto, a su jefe.

¿Qué podía haber en el despacho de Hermann, que le hiciese permanecer allí, encerrado, días y días, con sus correspondientes noches?

Karl estaba dispuesto a saberlo.

Decidiéndose, abandonó silenciosamente el laboratorio, dirigiéndose hacia la primera planta del castillo, donde estaba situado el despacho del profesor Haus. Algunas veces, muy pocas, había estado allí y recordaba perfectamente el sitio y hasta los muebles y los cuadros que le ornaban.

¿Habría descubierto algo Hermann que no desease comunicar a su ayudante?

Aquella idea le irritó, ya que había consagrado su juventud al hombre que creía el mejor dotado de su época, admirándole hasta límites insospechados, que rozaban la idolatría.

¿Cómo podría Haus olvidar aquella devoción que, durante tanto tiempo, había demostrado su sumiso ayudante?

Al desembocar en el pasillo que daba al despacho, Karl creyó oír el ruido de un aparato en marcha, que zumbaba mansamente y hasta él llegaron, aunque ininteligibles, las voces que estaba dando Haus.

Pero, desdichadamente, no notó que le estaban siguiendo.

Se acercó, quedamente, a la puerta, oyendo entonces distintamente los gritos de su maestro.

—¡Ya verás cómo te haré obedecerme, maldito! ¿Ignoras la acción del electromagnetismo? ¡Aumentaré la tensión del aparato y te produciré dolores insufribles!

Karl se aterró.

Porque no dudaba que Hermann estaba martirizando a alguien, que no podía ser más que el desdichado profesor Krauzer que, como sospechaba, no había salido del castillo.

¡Hermann le había mentido!

El joven conocía bastante bien la pasión del profesor Haus por volver a gozar de algo que había perdido, como todos los humanos, definitivamente.

Sabía que Hermann visitaba a la pastorcilla en los alrededores de la mansión y no era tan estúpido como para no ver, en aquella falsa amistad, el rugir de los deseos patológicos que su maestro experimentaba.

Pero, hasta entonces, vio aquello como una forma de mentalidad senil, una última y poco peligrosa llamarada de la virilidad decadente de Haus, algo de lo que los franceses llamaban *le demon de midi,* el postrer chisporroteo de una hoguera que iba a extinguirse para siempre.

Mas ahora se le presentaba como algo verdaderamente peligroso, como un afán desmesurado, cuya violencia era capaz, como lo estaba oyendo, de llevar a Hermann a extremos verdaderamente criminales.

¡Debía impedirlo!

Se alegró al comprobar que la puerta del despacho no estaba cerrada. Y la empujó, suavemente, penetrando en el interior.

Hermann estaba de espaldas.

Pero no fue él quien llamó la atención del joven sino el hombre que estaba sentado en el sillón, bajo los focos de una luz irreal que se proyectaban sobre él.

Todo, en aquel hombre, era extraño, raro, y Karl no acertaba a precisar su origen ni los motivos de su inusitada presencia allí.

—¿Vas a darme la fórmula?

El hombre sonrió tristemente.

—¿Y qué harás con ella, Haus?

—Eso no te importa.

—Sí. Quieres violar una ley y no sabes que pagarías muy alto el hacerlo… ¡Volver a ser joven! Si fuese solamente eso, yo te entregaría ahora mismo la «biohipofisina»; pero ya te conozco y sé cuáles son tus proyectos, tus deseos… ¿No te has dado cuenta de que no puede darse algo tan importante a un ser que como tú, solo quiere complacer las apetencias biológicas de su organismo?

—¡Déjate de monsergas, Humber! Y piensa que la acción de las radiaciones está empezando a destrozar la médula de tus huesos… Pronto, muy pronto, ya no será capaz de producir hematíes. Y una anemia horrible, lenta, insoportable, te hará morir poco a poco…

Karl no pudo contenerse más.

—¡Eso no, profesor! ¡Eso es un crimen!

Hermann se volvió como una serpiente, mirando con los ojos desorbitados a su ayudante.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién le permite que…?

—Me alegro de haber venido, profesor. Porque voy a impedir que cometa usted un asesinato.

—¡Imbécil!

Pero Karl estaba ya decidido; avanzó hacia los mandos que controlaban la cantidad de radiación y bajó la palanca.

No hizo más que eso.

Como una furia, sin medir su inferioridad física, Haus se había lanzado sobre él, cogiéndole, con sus sarmentosas manos, el cuello.

—¡Perro! ¡Perro! ¡Voy a matarte a ti también!

No le costó mucho a Karl desasirse del anciano, al que lanzó al suelo. Pero, en aquel momento, la rabia que se pintaba en los ojos del sabio se cambió en triunfo, al mirar hacia la puerta.

—¡Ayúdame, Zacharias! ¡Mata a este maldito perro!

Drember tuvo apenas el tiempo de volverse.

Los brazos colosales del jorobado le rodearon el cuerpo, imposibilitándole el menor movimiento. Después aquella especie de cepo de acero se fue cerrando, paulatinamente, hasta que el respirar se convirtió en una tortura, luego en un ansia y, finalmente, en una imposibilidad.

Cuando Zacharias abrió los brazos, el cuerpo exánime de Drember cayó a sus pies.

Estaba muerto.

Hubo una larga pausa.

Después, el jorobado miró a su amo:

—Debo enterrarle junto al otro.
—Sí.
Zacharias levantó el cuerpo de Karl, sin ninguna dificultad, echándose a su monstruosa espalda y saliendo en completo silencio.
Hermann se sacudió el traje, volviéndose al hombre del Futuro.
—¿Y bien?
Humber tenía una expresión de infinita tristeza en el rostro. Tardó bastante en levantar la cabeza; pero, cuando lo hizo, la tristeza seguía allí, como marcada a fuego.
—Quise —dijo— librarte de una maldición que está por encima de nosotros; pero no quiero que haya más muertes por algo que, después de todo, será tu propia pérdida. Voy a darte la fórmula.
—¿De verdad?
—Puedes empezar a tomar nota…
Y fue dictando con aire de cansancio, la mirada lejana, como si desease disculparse ante todos los hombres: los que habían nacido ya y los que habrían de llegar.

* * *

«Kumir» movió alegremente la cola.
Volviéndose, Hilma experimentó la mayor sorpresa de su vida, al ver que quien se acercaba era un joven y no el profesor, como ella esperaba.
Su corazón se puso a latir con una intensidad desmedida.
Porque el que se aproximaba, sonriendo, era un hombre de unos veintidós años, fuerte, esbelto, maravillosamente bien vestido y con un rostro en el que la simpatía dominaba todo.
—¡Buenos días, Hilma!
Ella se ruborizó, bajando la cabeza y contestando a su saludo de una manera apenas perceptible.
Él se sentó a su lado, «como solía hacerlo el profesor».
—Mi tío Hermann me ha hablado mucho de usted, señorita… y no se equivocaba al pintármela tan extraordinariamente hermosa.
El embarazo de ella se acentuó; pero, al mismo tiempo, una nueva y deliciosa sensación la invadía.
—El profesor me ha juzgado con demasiados buenos ojos —repuso—. ¡Es tan bueno!
—Sí que lo es, pero no ha exagerado ni un ápice.
Poco a poco, la serenidad volvió a la muchacha, que miró detenidamente a su interlocutor.
¡Qué apuesto era!
Tampoco había exagerado el viejo profesor al hablar de su sobrino y ella estaba encantada de que así ocurriese. Acostumbrada a ver solamente a gente sencilla y hombres rudos, que habitaban en el valle, la elegante figura de aquel joven le estaba causando una profundísima y agradable impresión.
—Lo extraño —dijo ella— es que «Kumir» no haya ladrado. Generalmente, no deja que ningún extraño se acerque a mí…
—¡«Kumir» es un animal maravilloso, Hilma! Por otra parte, él se ha dado cuenta de que yo no soy ningún extraño para usted… ¡Si hasta me parece conocerla desde hace muchísimo tiempo!
—Eso me ocurre a mí.
—¿Lo ve? Hay personas que nacen, sin saberlo, la una para la otra. No importa que jamás se hayan visto y que vivan separadas por enormes distancias… Cuando se encuentran, y de eso suele ocuparse el destino, se dan cuenta de que «se conocían» desde siempre.
—¡Qué bien habla usted!
—Muy poco, Hilma, para lo que tú mereces…
Su mano se había posado sobre la muchacha que, después de un segundo de indecisión, no la movió.
—Todas mis palabras —prosiguió él con vehemencia— no son nada y de nada servirían

para cantar tu belleza. Sería necesario algo más intenso, mucho más imperecedero que el sonido que se lleva el viento…

Todo aquello le estaba arrullando como la música más maravillosa que hubiese oído jamás. El aire le pareció más cálido, casi sofocante, sin darse cuenta de que era su sangre joven la que latía con más impulso, produciéndola aquel arrobo que empurpuraba sus mejillas como un fuego interno que empezase a consumirla.

El siguió hablándole sin parar, envolviéndola con palabras, haciendo que ella viese las cosas bajo una luz completamente distinta a la que hasta entonces había alumbrado su pobre mundo del valle.

Finalmente, cuando los brazos de él la rodearon y los labios de ambos se unieron, Hilma creyó que no habría nada más hermoso en el mundo. Sólo el sonido de unos pasos hicieron que él se separase un tanto bruscamente.

—¡Alguien viene! —se alarmó la muchacha.

El dominó su cólera y logró sonreír.

—Bien, Hilma… me voy. Mi tío va a marchar a la ciudad y desea que le ayude a hacer su equipaje.

—¿Usted… no se va?

—No, pequeña… Y no me llames de usted… Yo volveré mañana a esta misma hora e iremos a dar un largo paseo por la cañada… ¿Te gustará?

Ella no dijo nada, bajando la cabeza tímidamente.

Pero el brillo de los ojos de él significaba un triunfo que no podía escapársele de la mano.

Dejó a la muchacha, volviendo hacia el castillo; pero, cuando recorrió con la mirada los alrededores, vio enseguida la silueta que le precedía.

Y corrió hacia ella.

—¡Zacharias!

El jorobado se detuvo.

—¿Me estabas espiando?

—¿Yo?

—Sí. ¿Es que te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurrió venir donde yo estaba?

El otro le miraba intensa y curiosamente, aunque sus ojos carecían de expresión.

—¿Por qué me espiabas?

El otro tardó un poco en contestar.

—Quería verle… como está ahora.

Hermann sonrió, halagado.

—Estoy como nuevo, ¿verdad?

—Sí.

Y después de una corta pausa:

—Amo…

—¿Qué quieres?

—Ser como usted.

—¿Eh?

—Sí. Yo sé que ese hombre del sillón tiene muchos poderes… A usted, amo, le ha devuelto la juventud. ¡Yo también quiero ser joven y no tener joroba!

Después de unos momentos de extrañeza, Hermann lanzó una sonora carcajada.

—¡Tiene gracia! —exclamó. Y picado por la curiosidad—: ¿Para qué quieres ser joven y apuesto, Zacharias?

El otro bajó la cabeza.

—Quiero que la pastora sea mi mujer, amo… Y ella no me querría nunca así.

El rostro de Haus se ensombreció.

—¡Debes de haber perdido la chaveta! ¡Hilma será mía! ¿Entiendes? Yo soy tu amo y no quiero que vuelvas a entrometerte en mis asuntos… ¡Largo de aquí, imbécil!

Zacharias se alejó silenciosamente. Su monstruosa espalda ponía una nota de sombría maldición en su marcha.

* * *

Thomas miró al nuevo Hermann, cuya sonrisa de triunfo tenía algo de insultante.

El profesor cerró la puerta, acercándose después al sillón. Sus ojos brillaban como ascuas.

—¡Vaya triunfo, amigo!

—¡Pobrecillo!

—¿Todavía te doy lástima? Es curioso… Debía ser yo quien te tuviese conmiseración…

—No lo creas. Tú intentas decirme lo que has conseguido… o lo que vas a conseguir, pero eso no posee ninguna significación para mí.

—¡Hipócrita! Si vieses a esa muchacha, si estuvieses solamente unos instantes a su lado, te zumbarían las sienes de una manera deliciosa. ¡Si hasta el idiota de Zacharias se ha enamorado de ella!

Thomas no dijo nada.

—¿Y sabes lo que ha pedido el estúpido ese? ¡Rejuvenecer y que le quitase su defecto!

—Él tiene más derecho que tú. Por desgracia, no puedo hacer nada por él.

—Veo que te estás haciendo muy humanitario.

Hubo una nueva pausa.

—Hermann.

—¿Qué quieres?

—Creo que he cumplido lo que tú querías. ¿Cuándo vas a dejarme volver a mí época?

—¡Jamás!

—¿Eh?

—¿Crees que soy idiota? ¿Me has tomado por Zacharias? Si te dejase volver, la Policía del Tiempo vendría a por mí antes de que me diese tiempo para nada.

—¡Qué imbécil eres! ¿Qué Policía del Tiempo? Nosotros no permitimos los viajes extratemporales nada más que a épocas en que el hombre no había aparecido aún sobre la superficie de la Tierra.

—¿Por qué esas precauciones?

—Porque podrían producirse verdaderos cataclismos históricos, cuyas repercusiones llegarían hasta nuestra época. El pasado es una cosa demasiado sagrada para poder tocarlo.

—¡Qué interesante! De todos modos, y en previsión de que tus coetáneos cambiasen de parecer, voy a dejar que mueras aquí… ¡Un cadáver no habla, aunque regrese, como tú lo harás, a tu época!

—Eres malo, Hermann, y no obtendrás premio alguno de lo que haces… ¿Recuerdas a Fausto?

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que su final demostró al mundo que no se podían alterar las leyes de la vida cuando se piensa en bajos objetivos…

—¡Todo eso no es más que literatura!

Y salió dejando solo a Thomas.

Las horas de aquella jornada pasaron lentamente. Hasta que al anochecer la puerta volvió a abrirse y Zacharias entró en el despacho.

CAPÍTULO X

El jorobado miró al hombre del futuro.

—Vengo a ayudarle, señor.

Humber expresó la sorpresa en su rostro.

—¿A ayudarme? ¿En qué?

—Quiero ponerle en libertad.

—No podrás. El puede volver de un momento a otro.

—No. Se ha ido a la ciudad para comprarse más ropa… Mañana ha de ir con Hilma.

—¿Quién es?

—Una pastora.

—Ya.

Hubo un silencio.

—No creo que puedas ayudarme, Zacharias. Tú no entiendes el manejo de estos aparatos y podrías cometer un error fatal.

El otro cerró los puños.

—¡Le mataré!

—¿A Hermann?

—Sí. Me ha hecho mucho daño… me ha convertido en un asesino… Pero yo creía que me iba a ayudar.

—¿Volviéndote joven?

Zacharias levantó el rostro, mirando al hombre del futuro.

—No es la juventud lo que me preocupa. Sé que eso no tiene, después de todo, más que una pequeña importancia. Lo interesante es lo que hay en el corazón de los hombres. Humber sonrió.

—Eso es verdad, amigo.

—Pero yo quisiera ser como los demás… poder acercarme a la gente sin que huyese de mí.

—Lo comprendo, Zacharias.

—Yo soy desgraciado, sin saber exactamente por qué… Me contaron que mi padre era un bruto y que se vengó de mí pobre madre… Pero todo eso no explica mi horrible estado.

Humber estaba conmovido.

—Yo quisiera hacer algo por ti, amigo mío, pero no soy más que un biólogo.

Y fue en aquel momento cuando una especie de claridad cegadora les hizo cerrar fuertemente los ojos, al tiempo que una nubosidad azul les envolvía.

Momentos después, cuando el ambiente se hizo nuevamente normal, James y Harry Fair estaban allí.

Zacharias retrocedió asustado.

—¡Thomas!

Harry se extrañó.

—¡James! ¡Profesor Fair!

—¿Me conoce usted?

—Sí. Y usted a mí. Estuvimos juntos en una Conferencia en Ottawa.

Pero Fair no perdió el tiempo, desconectando el aparato de Hermann. Y así Thomas pudo abandonar el sillón y explicarles detenidamente lo que había ocurrido.

El jorobado estaba en un rincón, con el miedo pintado en el rostro, mirando a aquellos hombres del futuro.

Cuando Thomas terminó de hablar los ojos de Fair se clavaron en el desdichado cuerpo del deforme.

—Creo que puedo hacer algo por él —dijo.

James sonrió.

—¡Hágalo, profesor! Él lo merece como ninguno…

* * *

El nuevo coche que Hermann había comprado era flamante y de líneas atrevidas. Un descapotable blanco, que llamaba poderosamente la atención por dónde pasaba.

En la parte posterior, las maletas se amontonaban y todas ellas iban repletas de trajes y ropa con las que Hermann deseaba convertirse en el más elegante de la región.

Ya en la ciudad había tenido tantos éxitos que había dudado en volver al castillo; pero, a pesar de cuanto logró en la urbe, su mente no podía olvidar a la pastorcilla que, sin necesidad de afeites y técnicas de los Institutos de Belleza, era la expresión de una naturaleza maravillosamente lograda.

«Tendré tiempo de volver a la ciudad y de recorrer el mundo… —se dijo mientras conducía el coche—. Pero ahora debo acudir a la cita.»

No tuvo tiempo de entrar en el castillo, pero se prometió, al volver, acabar con el hombre del futuro, disolviéndolo gracias a una descarga violenta de radiaciones.

Dejó el coche en el parque, dirigiéndose directamente hacia donde Hilma le esperaba.

Ella estaba allí.

El rostro de la muchacha se alegró sinceramente, y juntos, de la mano, se dirigieron, seguidos del rebaño del que «Kumir» se ocupaba, hacia la honda cañada que se veía al fondo.

El iba hablándole después de que le entregó algunos regalos que ella se había puesto, orgullosa y contenta hasta lo indecible.

Cuando llegaron a la cañada, por la que corría torpemente un claro curso de agua, se detuvieron y se sentaron sobre el césped.

—Quisiera saber si este sueño durará mucho tiempo…

—Será eterno… como nuestra juventud.

Y la besó en los labios.

Fue entonces, en aquel preciso momento, cuando el perro ladró ásperamente, haciendo que Hermann se levantase, mirar de hacia donde se dirigía el animal.

Un hombre alto acababa de aparecer, y «Kumir», después de olfatearlo, dejó de ladrar, moviendo amistosamente el rabo.

El hombre se acercó.

Era joven, de alta estatura y de una corpulencia poco común. Iba vestido sencillamente y respiraba salud y fortaleza por todos sus poros.

Pero había algo en sus ojos que hizo estremecerse a Hermann, algo que le parecía conocido.

—¿Qué quieres? —inquirió.

El otro no contestó y se acercó cada vez más al sabio.

—¿No me conoces?

La voz poseía también un timbre que no le era desconocido a Hermann, pero la asociación de su recuerdo y aquel joven era completamente imposible.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar.

—Zacharias.

—¡No!

Pero en aquella respuesta había mucho de falso, ya que Hermann Haus acababa de identificar la mirada y la voz.

¡Era completamente imposible!

La joven estaba con la boca abierta, mirando aquel fornido joven, sin comprender absolutamente nada.

—¡Mientes! —rugió Hermann.

—Ya sabe que no, profesor Haus.

—¿Profesor? —inquirió la muchacha, más asombrada que nunca.

—Sí —explicó Zacharias—. Ese hombre es el profesor Haus, rejuvenecido, como yo, gracias a unos amigos… que él conoce muy bien.

Ella se puso en pie.

—¿Cómo? ¿Usted el profesor? ¡Ahora me explico por qué «Kumir» no ladró ayer… ¡Le detesto!

—¿Por qué, Hilma? ¿No soy todo lo joven que tú podías desear?

—¡No! Ahora lo veo a usted con otros ojos… Para mí, profesor, sigue siendo el mismo de

siempre.

Hermann lanzó una carcajada.

—¿Qué puede importarme? Después de todo, un pequeño fracaso no cuenta. En la ciudad me esperan mujeres mil veces más hermosas que tú.

—Nadie le espera, profesor —la voz de Zacharias tenía algo de terrible—; es decir, una sola dama le espera: la muerte.

—¿Qué quieres decir?

—Vengo a matarle. Ellos me lo han ordenado.

—¿Ellos?

—Sí. El profesor Thomas Humber, su hermano el coronel James y el doctor Fair, que ha tenido la bondad de curarme.

Hermann comprendió el peligro que se cernía sobre él y retrocedió algunos pasos.

—Usted no puede vivir, profesor —dijo Zacharias—. Usted lo sacrificó todo al egoísmo más miserable que un hombre puede rendirse. Debe morir.

Y avanzó hacia él.

Haus, a pesar de la vitalidad de su cuerpo, se sentía más fatigado y viejo que nunca. Por otra parte, su corpulencia no tenía punto de comparación con la del coloso que se acercaba a él.

—¡No! —protestó.

Pero las manos de Zacharias estaban ya en marcha y se cerraron, como un cepo de acero, alrededor de la garganta del sabio.

Hilma lanzó un alarido tremendo, desvaneciéndose, y «Kumir», que hasta entonces había permanecido echado a los pies de Zacharias, lanzó un aullido alucinante.

Cuando el cuerpo de Hermann Haus cayó al suelo, una vez que las fuertes manos de su enemigo lo abandonaron, unos pasos resonaron en la cañada, y el perro, con el pelo erizado, huyó con el rabo entre las piernas, al olfatear la esencia de «lo imposible».

James, Thomas y Harry avanzaban por el camino.

Zacharias se volvió hacia ellos, sonriendo, pero aquella muestra de gozo murió casi inmediatamente en sus labios.

—He obedecido lo que me mandasteis —dijo—, pero a costa de ser nuevamente un asesino.

Thomas sonrió.

—No te preocupes por eso, muchacho. Por algo nos hemos quedado aquí un poco más.

—No entiendo.

—Sí. El doctor Fair debe hacer algo más por ti… y por esa muchacha —señaló a Hilma, que seguía en el suelo.

—Eso es —dijo James—. Nos has hecho demasiados favores para que, a pesar de haberte cambiado un poco, no terminemos dejando tu conciencia tan limpia como lo es tu alma.

Entretanto, Fair había abierto su célebre maleta, la que había servido para procurarle todo lo necesario para modificar la personalidad física de Zacharias, extrayendo de ella un minúsculo aparato en forma de casco.

—¿Qué es eso? —inquirió el joven.

—Un «desenframadizador»; más sencillamente: un «desmemorizador». Todos los recuerdos van a ser borrados de tu mente… y de la de la muchacha. Contigo haremos una intervención profunda, separándote para siempre de los tristes recuerdos almacenados en tu mente; con ellas no haremos más que borrar los recuerdos más recientes, desde la aparición de Hermann rejuvenecido.

—Son ustedes muy buenos.

—Es nuestro deber. Nadie debe recordar que estuvimos aquí… Ni tú mismo. Cuando despiertes, no recordarás nada, ni que existió el otro Zacharias.

—Quizá sea mejor así.

Colocaron el casco sobre la cabeza del joven.

—Les estoy muy agradecido. A todos —repuso Zacharias.

—Mucha suerte, Zacharias.

—Yo…

No pudo decir más. Una sacudida le hizo estremecerse y hubiese caído al suelo de no haber sido recogido por los dos hermanos Humber.

Fair repitió la operación con Hilma, dejando a los dos jóvenes echados el uno al lado del otro. Se incorporó después.

—Esto ha terminado.

—Aún no —dijo Thomas.

—¿Qué quieres decir?

—Que debemos enterrar a Hermann. Sus huellas deben desaparecer por completo.

Minutos más tarde, cuando el cuerpo de Haus hubo desaparecido bajo la tierra, los tres hombres se reunieron, poniendo el índice de la mano derecha sobre el botón de sus cinturones del tiempo.

—¿Volvemos?

—Sí. Todo ha quedado en orden. Hemos destruido el laboratorio de Hermann Haus, destrozado los aparatos del desdichado profesor Krauzer y borrado de la memoria de estos jóvenes todo lo que pudiese relacionarse con nuestra estancia. Creo que podemos partir.

Una nube azulada los envolvió.

Después, cuando aquella nubosidad desapareció, solo la hierba, al moverse inusitadamente, pudo demostrar que alguien había estado allí momentos antes.

EPILOGO

Todo el mundo los conocía.

En el valle se hablaba de ellos y se comentaba, con una sonrisa de simpatía, las idas y venidas de aquella pareja que, desde el alba, salía hacia los campos, precedidos por el rebaño de ella.

Se iban a casar.

El iba a trabajar a la ciudad, en una fábrica importante, de forma a ahorrar lo suficiente para poder comprar un rebaño que ellos cuidarían en compañía del perro.

Ni él ni ella deseaban abandonar aquella región que les atraía con una fuerza mayor que cualquier deseo de alejamiento que hubiese en sus mentes.

Amaban entrañablemente su tierra.

Cuando regresó, un año después, de la ciudad, pudieron casarse, y él, como se había propuesto, compró un rebaño que se multiplicó rápidamente, enriqueciendo a aquella joven y envidiada pareja.

Ellos seguían, como siempre, su importante rebaño, al que se habían visto obligados a agregar otros perros, ya que «Kumir» era incapaz de dominar aquel grupo enorme de ovejas.

Lo cierto era que el perro, al pasar por la cañada, olvidaba todos sus deberes, abandonando el rebaño y olfateando una porción de tierra que las lluvias habían hundido ligeramente.

Se quedaba allí husmeando, hasta que, sentándose sobre sus cuartos traseros, lanzaba escalofriantes aullidos.

Zacharias lo llamaba, viéndose muchas veces obligado a hacer silbar una piedra por los alrededores del perro, que terminaba corriendo hacia el rebaño.

Pero al llegar junto a su dueño, volvía la cabeza hacia aquel trozo de tierra, como si desease decir algo al joven, comunicarle una cosa maravillosa que había sucedido un día aún no muy lejano.

Aunque, verdaderamente… ¿se puede hacer caso de lo que piense un perro?

FIN

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROTAR DE NUEVO.

LA CALVICIE SUPERADA.

EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

(Continúa en la página siguiente)



Antes del tratamiento — Al terminar el primer mes — Finalizado el tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada."

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios."

"Y por último les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar como masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratando su precio para que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad."

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marhsall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimula activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realizar la belleza.

Aplique usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

¡NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas. Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas.

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº. 536. Santander (España)

Nombre ....

Apellidos ....

Calle .... **Nº** .... **Piso** ....

Población .... **D. Postal** ....

Provincia ....







EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.